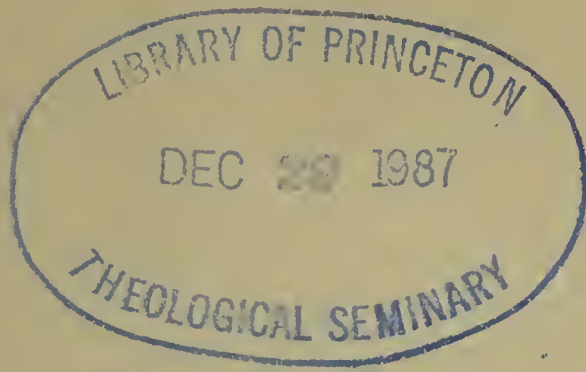


Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios5511unse>

L.H.E.

**FEBRERO
1937**



ESTUDIOS

51

ESTUDIOS

MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

REDACCION:

JAIME EYZAGUIRRE

Casilla 13370, - Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$	22	
" " " " EXTRANJERO		1	Dólar
NUMERO SUELTO	\$	2	

SE RECIBEN SUSCRIPCIONES EN LAS LIBRERIAS:

- ZAMORANO Y CAPERAN (Compañía 1015).
CLARET (Diez de Julio 1140).
SPLENDOR (Bernardo O'Higgins 1626).

"NOTAS EDITORIALES:

- "El Episcopado y los salarios" 2
 "La alimentación popular" 3

"LOS ULTIMOS DIAS DE ESPAÑA EN FILIPINAS. NOTICIAS Y DOCUMENTOS POCO CONOCIDOS", por Mauro Ruiz 5

"UNA BIOGRAFIA DEL ARZOBISPO GONZALEZ SUAREZ", por Alberto Cruchaga Ossa 19

"PSICO-PEDAGOGIA DE LA AFECTIVIDAD EN LA ADOLESCENCIA", por Alberto Hurtado ... 24

"UN ESTADO CRISTIANO INTEGRAL. FRANCIA BAJO EL REINADO DE SAN LUIS", por Carlos Peña 34

"EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO":

"La misión actual de la Neoescolástica italiana" 52

"André Gide y la Rusia Soviética" 54

"HECHOS DEL EXTRANJERO":

"El Comunismo en México" 60

"NOTAS BIBLIOGRAFICAS":

"Zeit in Querschnitt" 70

"Defensa de la Hispanidad", por Ramiro de Maeztu 72

NOTA EDITORIAL

El Episcopado y los salarios

LA voz del Episcopado chileno, que ha venido a dilucidar en forma por demás clara y contundente el problema de los salarios, se ha dejado oír en un momento muy oportuno.

La discusión de este asunto de interés vital para la economía chilena había llegado a su punto álgido. En el mismo campo católico, a pesar de la exposición doctrinal detenida y completa que hicieran los Pontífices León XIII y Pío XI, en memorables documentos apostólicos, no faltaban quienes se sentían atormentados de dudas, quienes estimaban que acaso esa filosofía social expuesta por tan altas autoridades no tenía en Chile aplicación, por no haberse estipulado expresamente así en las celebérrimas Encíclicas; quienes, en fin, sostenían que estas doctrinas papales deberían ir acompañadas, para su validez en nuestra patria, de la interpretación oficial de los Obispos, esto es de una especie de confirmación, pase o exequatur.

Arduas polémicas entre sacerdotes y laicos intentaban dilucidar estos problemas. Pero las dudas persistían. Era necesario, pues, que la autoridad episcopal, acallado el fogoso tono del debate, definiera con precisión y altura de miras, y llevara la calma y la luz a los espíritus.

Y el Episcopado no defraudó las esperanzas que todos tenían puestas en él. Claro y sereno, trajo a la memoria las repetidas enseñanzas que acerca de los salarios impartieran los Pontífices, reprodujo sus textos más salientes, encareció la grave obligación de los católicos chilenos de concurrir a su aplicación, proclamó bien en alto el derecho que le asiste al trabajador de ser retribuido en forma tal que quede asegurada la subsistencia propia y de su familia y la posibilidad del ahorro, condenó enérgicamente a los patronos que mantenían a sus operarios en un estado de inmerecida miseria y exaltó, en fin, a aquellos que se han adelantado a cumplir sus deberes de justicia.

La palabra autorizada de los Prelados encontró felizmente el eco que se merecía. La opinión pública la acogió con interés; la prensa comentó con elogio los acápites principales de la Pastoral, y el propio Presidente de la República, en carta al Excmo. Señor Arzobispo de Santiago, manifestó su conformidad con la luminosa doctrina allí expuesta.

¿Qué queda pues que hacer después de una definición tan fundada y contundente? Trabajar con ahinco, desinterés y abnegación para que tan hermosos preceptos pasen en nuestra patria a constituir una realidad, para que acatados de corazón por los católicos constituyan la meta de todos sus esfuerzos. La caridad cristiana exige que no se postergue por más tiempo la aplicación práctica de la justicia social y que se saque cuanto antes de su triste estado de miseria y abandono a la clase obrera, que constituye la parte más numerosa de la población del país.

La alimentación popular

ES del dominio público la magnífica exposición hecha por el señor Ministro de Salubridad, Dr. Eduardo Cruz Coke, en la que ha abordado en forma integral el grave problema de la alimentación de nuestro pueblo.

Documento es este de inapreciable valor, que no encuentra muchos similares en tiempos en que la política menuda suele desviar la atención pública de los asuntos que exigen más premiosa asistencia. Exposición clara y bien fundada en que no se sabe qué admirar más: si la sólida preparación y el genio intuitivo de su autor para concebir el remedio o la indiferencia de los gobiernos anteriores frente a un problema tan hondo y de tan vastas proyecciones. Porque, preciso es decirlo, tiempo era ya que saliera de nuestros Poderes Públicos una iniciativa tan urgente y de tan vital importancia como la que dice relación con la existencia misma y el porvenir de nuestra raza. Tiempo de que se pusiera atajo a nuestra desnutrición, generadora de la tuberculosis, que aniquila nuestro pueblo, y de la creciente mortalidad infantil.

Pero también era preciso que se abordara este problema de una manera integral, en función de nuestra economía anárquica, que requiere una pronta e inteligente regulación. Porque la causa de la desnutrición no radica tan sólo en la ignorancia de nuestro pueblo, que le hace ingerir alimentos de escaso valor nutritivo, sino también en la pobreza de los salarios y mucho más aún, en la deficiente adaptación de la producción a las necesidades del consumo. ¿Y a qué se debe esto último? En primer término a lo que hemos señalado repetidas veces desde estas mismas columnas (1): al predominio en torno de los grandes centros consumidores de la gran propiedad a base de cultivo extensivo, inadecuado para la explotación de la industria lechera, la chacarería y la fruticultura, propias del cultivo intensivo. De ahí que la producción resulte

(1). Véanse "El Problema de las subsistencias y la organización agrícola" y "¿Existe en Chile el problema de la tierra?", en "Estudios" de Abril y Mayo de 1936.

inferior a las necesidades y si a esto agregamos la circunstancia de que el rendimiento medio de la explotación agrícola tiende a disminuir, debido a la negligencia de los agricultores que no restituyen a la tierra por medio del abono lo que de ella misma sacan, y que en muchos casos la exportación de los productos agrícolas se realiza sin haberse satisfecho previamente las exigencias propias del país, podremos comprender que el urgente problema de la alimentación popular es bastante más complejo de lo que suele imaginarse y que su solución depende en gran parte de la faz que adopte nuestra economía agrícola, hasta ahora anárquica y anti-social.

Abrigamos la esperanza de que el luminoso plan trazado por la clara inteligencia del doctor Cruz Coke, que contempla la coordinación de los esfuerzos de los organismos estatales y privados en pro de la difícil solución del problema alimenticio, encuentre el necesario apoyo de la opinión pública y que de vivo anhelo pase a ser una halagadora realidad.

El mejor tónico cerebral

F i t o s a n

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

Mauro Ruiz O. S. B.

Los últimos días de España en Filipinas

NOTICIAS Y DOCUMENTOS POCO CONOCIDOS

La circunstancia, de haberse celebrado en los primeros días del presente Febrero el XXXIII Congreso Eucarístico Internacional en la capital del Archipiélago Filipino, ha sido causa de que la atención religiosa del mundo se haya vuelto hacia aquellas islas diseminadas profusamente en el Pacífico y se haya concentrado la mirada de eclesiásticos y se-glares en Manila donde ha estado el epicentro sagrado del movimiento eucarístico que venía acrecentándose desde hace dos años a medida que se acercaba la efeméride de su celebra-ción. Ello está demandando, por ley de legítima curiosidad, un estudio, siquiera sea somero, sobre los últimos tiempos de la dominación española en aquellas islas, ya que de ella se sirvió Dios, como de instrumento humano, para llevar a sus habitan-tes el amor divino hacia el más grande de nuestros sacramentos hasta el punto de que la Junta Internacional, organizadora de los Congresos Eucarísticos de carácter mundial, haya encon-trado a aquel Archipiélago, cristianizado por España, campo abonado para la celebración en él de esa suprema manifiesta-ción de fe católica.

En orden a saciar la curiosidad de los lectores, me bas-tará desempolvar un mamotreto de apuntes que todavía con-servo, tomados hace 38 años en el campo mismo que ahora ha servido de escenario del religioso suceso de que se trata. No podía adivinar yo, cuando por aquel entonces los tomaba, con cierto vivo interés, que me habían de servir de materia-les en tiempo y lugar bien lejanos, para pergeñar un artículo de actualidad al que se le concedería gratuitamente el honor de figurar al lado de otros estudios, si no de temas más im-portantes, escritos sí por mejores estilográficas.

En medio del consuelo que el hallazgo del dormido ma-motreto me ha causado, he sentido mi poquito de pena al ver que parte de los numerosos pormenores que entonces escribí, relativos a la materia de este artículo y que me parecía que había ido trabajosamente llevando conmigo en el fondo del baúl a través de los continentes por mí hollados desde aque-lla fecha, se me han ido, no sé si voluntaria o inadvertidamen-te, quedando en las aduanas de los continentes o en los zarzales de la vida. Así y todo y supliendo con la memoria lo que falta en los cuadernos, pareceme que hay suficiente tela cor-tada para un estudio sin pretensiones, como es el mío, ya que

no pienso salirme del reducido marco que ostenta el título: *Ultimos días de España en Filipinas.*

La Historia no ha apreciado en todo su justo valor la obra realizada por España al civilizar y evangelizar las 14.000 islas y pequeños islotes que forman el conglomerado del Archipiélago Filipino. Llevar las ventajas de la vida civilizada a 3.000 kilómetros de distancia en una época en que los medios de locomoción eran de tan escasa rapidez y cuando se necesitaban seis meses, por lo menos, para que el buque salido de las playas españolas anclase en las de Filipinas conduciendo personal gubernativo, eclesiástico y docente, con útiles de labranza y de escuelas y con géneros de vestuarios y de farmacia, y esto, no para una sola isla, sino para las 14.000 que forman el Archipiélago, es una acometida de arrestos titánicos, que la Historia, tan desagradecida para con las cosas de España, ha pasado poco menos que en silencio, pero ante la cual no es posible cerrar los ojos si no es porque éstos quedan como deslumbrados ante la magnitud de los hechos realizados.

Modalidad típica que España usó en la conquista, primero, y después en la civilización de aquel inmenso archipiélago, es la de que, a diferencia de la adoptada en las dilatadísimas comarcas americanas o sea la guerrera, es decir, con las armas en la mano, en Filipinas puede decirse que se enmohecieron aquéllas por falta de uso, salvo en casos excepcionales, y se dejó al misionero religioso y español que con el arma suave de la palabra evangélica fuese reduciendo a los indios al doble yugo (si yugo puede llamarse ninguno de ellos) de la Madre Iglesia y de la Madre España. Desde ese punto de vista podría calificarse el gobierno de Filipinas de **semitiococrático**, pues las Ordenes Religiosas eran efectivamente una potencia, no sólo en su propio radio de acción, o sea en el orden espiritual, sino también en lo civil por la influencia muy marcada de que gozaban sobre el elemento gobernante, fuese este peninsular o fuese filipino o local. ¿Que ello se prestó a algunos abusos más o menos repetidos o más o menos notables? Concedido; pero, ¿en qué sistema humano no los hay? Los que pretenden entonarlos en do de pecho para ser oídos echan en olvido que el fraile con su prestigio y autoridad fué un tope donde los gobernadores de provincias (no todos animados de espíritu de buen gobierno) se estrellaban cuando querían abusar de la debilidad del indio. Tras la debilidad de éste encontraban la fortaleza del fraile, que los amparaba, y, llegado el rompimiento entre ambas autoridades, civil y eclesiástica, el hilo se quebraba por lo más delgado, y lo más delgado en esos casos era el gobernador abusivo, que era llamado primero a Manila ante el Capitán General, y después a España ante el Ministro de Ultramar.

Aunque no constase escrito con caracteres indelebles en las páginas de la historia filipina la obra sobrehumana realizada por las cuatro grandes Ordenes Religiosas, dominicos, jesuítas, franciscanos y agustinos (éstos últimos en sus dos ramas de calzados y recoletos), bastaría para convencerse de ello la inquina de la masonería contra la existencia de todas esas Ordenes en el Archipiélago. No hubo un solo masón (y existían entre los hijos de Filipinas) que no sintiese un mal disimulado encono contra ellas, y ese encono era tanto más pronunciado cuanto más alto era el grado que el masón ocupaba en la mil veces condenada secta. Esta, en armonía con su táctica secular, laboraba sórdidamente en la sombra y en secreto entre el elemento filipino prometiéndole la independencia de la Madre Patria e insinuándole que el primer paso para lograrlo era condenar al ostracismo a las referidas Ordenes Religiosas. Siendo éstas el muro y barbacana que defendían el dominio de la Católica España en las Islas, no se necesitaba discurrir mucho para comprender que, derribados aquellos cuatro pilares, sostenedores del poder civil, el dominio de España caería por tierra al menor impulso de revolución. Conatos de ella (aunque de carácter aislado) los hubo en distintos períodos, pero que fueron fácilmente reprimidos sin que la sangre ni española, ni filipina, enrojeciese un terroncito de aquellas hermosas Islas. Dispersos sus cuatro millones de habitantes por aquel archipiélago que flotaba en el remoto mar pacífico, la palabra independencia carecía de significado real para casi todos ellos; alguna mayor significación habría tenido ese vocablo si la doctrina del Evangelio predicada por las Ordenes Religiosas, no hubiese servido de podero-aglutinante para unir religiosa y civilmente a los moradores de las incontables Islas Filipinas.

Con el plausible y elevado fin de que el elemento insular conservase la pureza de la fé recibida y el respeto a la nación colonizadora, todas las Ordenes Religiosas coincidieron en la idéntica idea (aunque ahogando en su pecho el natural sentimiento patriótico) que fielmente llevaron a la práctica, de no difundir el castellano en los pueblos tagalos y bisayas, sino conservar el uso de esas lenguas predicándoles en ellas, escribiendo sus respectivas gramáticas y publicando en ambos idiomas (aunque nada clásicos) los devocionarios para los simples fieles.

Ese criterio, sin embargo, no fué óbice para la fundación de la Universidad de Manila y del Colegio de San Juan de Letrán por los Dominicos, ni del Ateneo y de la Escuela Normal por los Jesuítas, ni de los grandes establecimientos de enseñanza, de Religiosas, para señoritas, en todos los cuales se hacía caso omiso de las lenguas insulares y se daba íntegramente la enseñanza en la lengua de Cervantes.

Para los que no hacen cifrar la felicidad de un pueblo sólo en el mucho saber de las gentes (en el sciéntes bonum et malum de la serpiente) sino en el conocimiento de aquellas nociones básicas que dicen a los pueblos de dónde vienen y cuál es su último destino, todo ello encuadrado en el marco sencillo de una sana moral católica, el pueblo filipino, llevado en esa forma al parecer paradógica de sabia ignorancia, era y vivía feliz bajo el dominio de España, con costumbres y usos españoles en lo religioso y civil, sin gastos exagerados en el vestuario y calzado, por su sencillez dentro siempre del estilo oriental, y sin dispendios en manjares exquisitos que no conocía en la frugal mesa el nativo filipino.

El hecho innegable (porque se palpa) es que España, al abandonar las Islas Filipinas por la doble fuerza de la insurrección de los naturales y de la guerra del coloso de Norte América, dejó plantada en cada una de las islas e islotes del Archipiélago la enseña de la cruz, emblema de la religión católica profesada por sus habitantes bajo la dirección de la jerarquía eclesiástica, y el pabellón de su civilización representado, además de en sus costumbres, en la Universidad, Colegios de segunda enseñanza y escuelas primarias difundidas por todo el Archipiélago. De esto no puede dudar quien no cierra los ojos a la realidad. Nada proclama más alto el grado de cultura a que España había elevado a los habitantes de Filipinas, que el haber formulado aquéllos la petición de autonomía juzgándose aptos para gobernarse a sí mismos y elevando después esa petición (que fué con poco acierto denegada por España) a la categoría de independendencia ante los nuevos amos, los EE. UU., sin cejar en ello hasta el presente.

Aunque la idea de independendencia sea innata y, por consiguiente, de derecho natural en los pueblos sometidos, estará siempre en embrión o en forma de crisálida mientras no le favorezca un ambiente de cultura de orden elevado. Nada más espontáneo que el bajar la cabeza por parte de un analfabeto ante un hombre de letras. En este último plano se hallaba España respecto de Filipinas. El desnivel de ambos planos era demasiado evidente; y así la crisálida de la independendencia tenía que ir muy despacio en despojarse de la envoltura que la cubría en estado durmiente. Cuando empezó a dar señales de vida fué al abrirse el Canal de Suez, por el cual, en menos de un mes, llegaban a Madrid desde la bahía de Manila los hijos de las familias pudientes de Filipinas a estudiar en la Universidad Central para especializarse en algunos conocimientos, y allí oían de paso (o de asiento) los gratos silbidos de la serpiente masónica que les hablaba sobre ideas de independendencia. El idolatrado Rizal y miembros de las familias Reyes, Rojas, Paterno y otras, que eran la nata entre la clase pudiente de Filipinas se pasearon por las calles

de Alcalá y la Castellana y tomaron el sol en la célebre Puerta de ese nombre, y alguno de ellos se hizo amigo íntimo de Moret, Ministro de Ultramar.

Como las ideas de independencia son por ley natural halagadoras, al verse algunos estudiantes filipinos con un acervo más o menos rico de conocimientos científicos, no hay por qué decir que de vuelta al Archipiélago volcaron parte de ellos tales ideas apenas pisaron la arena del paseo de la Luneta, y se formó el Katipunán de carácter masónico y, por ende, separatista.

La empresa era, sin embargo, arriesgada, y no se habría tenido valor para emprenderla en forma visible por lo pública, si no hubiese contado Filipinas con un ejemplo que imitar por aquellos días (por los años de 1896); el ejemplo de la única hermana, por parte de Madre, que le quedaba; el de la Isla de Cuba, la cual, casadera ya por razón de sus años y por su progreso, luchaba para desprenderse de la patria potestad que hacía también más de tres siglos España ejercía sobre ella. Las células katipunescas se multiplicaban en las Islas, llovían advertencias por parte de los vigías españoles (que eran los frailes), sobre el Cap. General de Manila denunciando el próximo y gravísimo peligro; pero, echados la mayor parte de esos denuncios al cesto de papeles inútiles, el pensamiento insurrecto fué tomando vasto incremento, aunque siempre en masónico secreto, hasta que pocos días antes del estallido revolucionario el religioso agustino P. Mariano Gil, de grata recordación, se presentó al General Blanco diciéndole: tengo en mis manos los documentos comprobantes de que antes de 48 horas se echará a la calle la revolución en Filipinas pidiendo la independencia del Archipiélago.

A partir de ese momento (1896) hasta 1898 no cesó de funcionar el teléfono de Manila, que empalmaba en Hongkong con el internacional pidiendo al Ministro de Ultramar batallones de soldados peninsulares que los buques de la Comp. Transatlántica se encargaron de transportar al Archipiélago para sostener la soberanía de España en las Islas.

En medio del natural estruendo de las armas en acción entre el ejército español, apoyado por miles de voluntarios filipinos, y los insurrectos de casi todas las Islas, se alzó una voz de persona neutral por lo desapasionada, y que, por su histórica actuación en el Archipiélago y por su posición social en Manila, tenía que ser grata a españoles y a insurrectos: la voz de D. Alejandro Paterno quien, en un bicolor Manifiesto decía así:

“Filipinos, Hermanos Queridos: amo a nuestro pueblo cual ninguno. Quiérole grande, libre y feliz, rigiendo sus propios destinos, según sus deseos y aspiraciones. Respeto por eso

todas las fuerzas vivas que en él surgen, a costa de mi salud y de mi fortuna. Tiempo ha, ofrecí el holocausto de mi existencia por los derechos y libertades del pueblo filipino que sufre hondísimas agitaciones, asociándome a la mayoría y pretendiendo dirigirla para salvar los intereses de la libertad y de la justicia. No extrañas ni advenedizas son mis ideas; hijas del estudio y de la experiencia política, no fueron concebidas en la improvisación de la suerte o de las circunstancias; ansío con todas las vehemencias del alma ver cuanto antes a mi pueblo, fuerte y grande, respetado en su honra y dignidad gozando del mayor bienestar posible. Mas, por grandes esfuerzos que hagamos de nosotros mismos, necesitamos de una aliada. Imitemos el ejemplo de las grandes potencias del mundo; no se bastan a sí mismas por fuertes que sean, buscan auxilios y ayuda, sumandos de fuerzas, aumento de poder. Rusia busca a Francia, Alemania a Italia y a Austria. Infeliz de la que se aísla. Y ¿qué mejor aliada para nosotros, que España, nación con quien nos unen cerca de 400 años de relaciones de religión, de derecho, de moral, de usos y costumbres, conociendo a diario sus virtudes y sus defectos? Pasaron los malos tiempos de la colonización española, y, a fuerza de experiencia y de sangre derramada, España ha comprendido que somos ya mayores de edad, implantando reformas en nuestro territorio, como las "Milicias Filipinas" que nos dan la fuerza de las armas, y la "Asamblea Consultiva" que nos deja el poder de las ideas para la participación en los altos puestos públicos, rigiendo los destinos del país al compás armonioso del desarrollo de las fuerzas vivas de la sociedad.

"España se halla en guerra con los EE. UU. No conocemos a esta nación, ni siquiera su idioma. Procurará por todas las seducciones, que le ayudemos yendo nosotros contra España; y ¡ay! luego ellos, poderosos, nos absorberán, pagando la traición a nuestra España con otra traición haciéndonos esclavos y sufriendo otra vez el comienzo de nueva colonización más larga y más difícil por desconocida y poderosa.

"En cambio, ayudando a España, si morimos, moriremos en la consecuencia del deber, y si vivimos obtendremos el triunfo de nuestras aspiraciones sin los peligros y los azares de la guerra civil. No moriremos, no. Al lado de la bandera que cobijó nuestra cuna y la de nuestros padres por series de generaciones, luchando con fe, decisión y ardor, como cumple a un pueblo que quiere ser libre y merece ser grande, el enemigo desaparecerá como ola que se deshace en la playa.

"Esperemos de España todo el bien que pudiera ofrecernos el extraño americano; unámonos todos a ayudar a nuestra antigua España, que con ella se realizarán más pronto nuestras aspiraciones; hélas aquí: Con la mayor descentralización posible dentro de la unidad nacional, la organización y atri-

buciones de los poderes públicos deben fundarse en tres principios: 1.º La soberanía de España; 2.º La representación local y 3.º La responsabilidad del Gobierno colonial.

“A estos tres principios corresponden tres instituciones:

“Al primer principio corresponde la institución del Gobierno General de Filipinas. Al segundo, la Diputación insular o Asamblea del Archipiélago Filipino. Al tercero, el Consejo de Gobierno. Así se conciertan en cabal armonía los derechos de la Nación y los derechos de la colonia.

“Lejos de nosotros la política de suspicacia y de proscripción. Con firmes y sólidas garantías establezcamos la libertad política y civil.

“La asamblea es el asiento de la voluntad popular, en la cual deliberará y resolverá los asuntos propios de la vida local, constituyendo el poder legislativo del Archipiélago. Sus determinaciones las llevará a la práctica con entera fidelidad el poder ejecutivo del Gobierno responsable.

“No hay más que españoles en el Archipiélago; todos somos filipinos y todos somos peninsulares.

“Tal es el programa del partido Español, que quiere la Autonomía en Filipinas siempre española. Así veremos regidos los destinos de este pueblo bajo la bandera gualda y roja. Así verá gobernado mi país querido sin detrimento de la integridad de España.

“En fin, para terminar. Con España, nuestro porvenir es claro y segurísimo: seremos libres y Gobierno. Con los americanos, el porvenir es tenebroso; ciertamente vendidos, repartidos, perdiendo nuestra hermosa unidad, aquellas provincias serán inglesas, éstas alemanas, unas francesas, otras rusas o chinas.

“Luchemos pues al lado de España los amantes de Filipinas una, libre y señora.

“¡Viva España!

Pedro Alejandro Paterno.

Manila, 31 de Mayo de 1898.

El mismo Alejandro Paterno lanzó 20 días después un croquis de Autonomía filipina basada en tres instituciones: “El Gobierno General”: soberanía de España. “La Asamblea Representación del Archipiélago”: poder legislativo. “El Consejo de Gobierno”: responsabilidad de los Ministros. Poder ejecutivo. A continuación especificaba las atribuciones que corresponderían a cada una de esas instituciones, siempre dentro del patriótico marco de Filipinas Española.

Pero todos los benéficos efectos de esa autorizada voz y todos los esfuerzos de los batallones de Cazadores españoles

se estrellaron ante la sombra fatídica de un gran fantasma que, al par que asustaba (y con razón) a los españoles, causaba alientos (y con sobrado motivo) a los insurrectos: la presencia en la bahía de Manila, desde el 1 de Mayo de 1898, de la escuadra americana que había destruído la nuestra (nominal) en Cavite y que simpatizaba con los insurrectos de Filipinas y con los separatistas de Cuba.

Antes de ese fatídico 1 de Mayo de 1898 y desde que empezó la revolución, el ministro de Ultramar cambiaba el mando de los Cap. Generales en el Archipiélago con la premura con que se mudaría él la camisa en Madrid. Cesó en el mando el Gral. Blanco (de triste memoria), vino Polavieja (de gratos recuerdos), desembarcó Primo de Rivera (tío del futuro Dictador de España) célebre por el Pacto de Byaknabató), y le siguieron los Cap. Generales Augustí, Jáudenes y Jaramillo a quienes habrá que dejar en paz porque de su acertado o desacertado mando, en aquellos días tan difíciles, les habrá juzgado Dios, y no creo que la Historia tenga derecho a mostrarse severa por su actuación. Todos ellos se esforzaron por sofocar la insurrección con más o menos energía, hasta que Primo de Rivera, obedeciendo a insinuaciones del Gobierno de Madrid, trató de poner fin a la contienda colonial celebrando un pacto con los cabecillas revolucionarios, comprándoles, en cierto modo, la deseada paz al darles 600.000 (otros dicen que 400.000) pesos para los efectos que anotaremos después.

Los efectos de ese Pacto, aunque solemnizado con un Te Deum en la catedral de Manila, resultaron muy efímeros, quedándose España sin los 400.000 del ala, entregados, y sin la paz prometida. Los 35 cabecillas insurrectos que, presididos por Emilio Aguinaldo, habían firmado el Pacto en Hongkong, se cansaron de hallarse expatriados, no obstante gozar de esos miles de pesos, y redactaron un documento dirigido al pueblo filipino, escrito en una forma bien poco cancilleresca, explicando las razones que tenían para sentirse dispensados del cumplimiento de las cláusulas firmadas. Publicamos a continuación ese documento, por vía de curiosidad histórica y porque contiene, además, las bases del armisticio entre los revolucionarios y Primo de Rivera. El juicio sereno e imparcial de nuestros lectores sabrá conceder el valor que se merecen (por lo mismo que es visiblemente nulo) a varios de los conceptos y especialmente a muchos de los epítetos nada pulcros, vertidos en ese Documento contra personas respetabilísimas por sus dotes personales, pero odiosas para los filibusteros de la laya de los firmantes, los cuales muestran que no eran candidatos natos para diplomáticos. Todo ello, empero, tiene una fácil explicación si se considera que

lo escribieron bajo la influencia de una suprema excitación política. Dice así el aludido Documento:

“Filipinos: al formarse el tratado de Byak-na-bató con-
vinimos los naturales de Filipinas y el Gobierno Español, que
se establecía entre nosotros un armisticio, que duraría tres
años, a partir de la fecha del mencionado Tratado. Los na-
turales depondrían las armas y las entregarían a las autori-
dades españolas, con toda su maestranza, sus municiones y
sus fuertes. Las autoridades españolas se obligaban, en cam-
bio, a otorgar las reformas que reclama la opinión pública
entre los naturales del país, reformas que, según las frases
textuales del Acta del 9 de Agosto de 1897, el Cap. y Gober-
nador General aseguró que “estaban concedidas y se hallaba
en suspenso su ejecución por causa de la revolución”. Las re-
formas pedidas y acordadas eran las siguientes:

I.—Expulsión o, por lo menos, la exclaustración de las
Ordenes Religiosas (1).

II.—Representación de Filipinas en las Cortes Españolas.

III.—Aplicación de la justicia verdadera en Filipinas,
igual para el indio que para el peninsular. Unidad de leyes
entre España y Filipinas. Participación de los indios en las
jefaturas de la Administración civil. Arreglo de la propie-
dad de los curatos y de las contribuciones a favor de los
indios.

IV.—Proclamación de los derechos individuales de los
indios, así como la libertad de imprenta y la de asociación.
El mismo Gobierno español se obligó a abonar al Gobierno
Libertador una indemnización de guerra, que se redujo a la
exigua suma de 600.000 pesos, en pago de las armas, municio-
nes, maestranza y fuertes que se le entregaban, y para in-
demnizar a aquellos a quienes se obligaba a vivir en el ex-
tranjero durante el tiempo que durara el armisticio, como
auxilio para su permanencia fuera de Filipinas, ínterin con-
seguían establecerse y adquirir medios legítimos y decorosos
de subsistencia. Se acordó de igual manera, que el Gral.
Primo de Rivera permaneciese en su puesto de Gobernador
General de las Islas durante el período del armisticio “como
garantía de que se cumplirían las reformas”. Y prometió,
en fin, aquella autoridad, que se gestionaría y se concedería
una amplísima amnistía.

Contra lo estipulado, se relevó al citado General al poco
tiempo de firmarse el convenio, y, sin embargo de haber cum-
plido el Gobernador Libertador con la deposición y entrega
de armas, maestranza, municiones y fuertes, con su campa-
mento general, las reformas no se han planteado ni se ha sa-

(1) Se ve que las tenían montadas entre ceja y ceja.

tisfecho toda la indemnización ofrecida, y la amnistía quedó en proyecto, contentándose con dar algunos indultos.

El Gobierno de Madrid, en vez de llevar a cabo la expulsión o secularización de los frailes, trató de realzarlos más, nombrando *in continenti* para los dos obispados vacantes en Ultramar a dos frailes de aquellas mismas Ordenes, haciendo así ludibrio de la virtud, ciencia y valor del numeroso clero secular español y en especial del filipino. (1).

No contento con esto ha elevado y recompensado a aquellos peninsulares que en Filipinas y Madrid insultaban en reuniones a los naturales, como sucedió con Rafael Comenge a quien el Ministro de la Guerra ha otorgado la Gran Cruz del M. Militar, y porque, en calidad de Presidente del Casino Español, pidió a los jugadores que contribuyesen con 30.000 pesos para regalar a Primo de Rivera una estatua de oro de aquel valor. Ya habéis visto cómo se premió al escarabajo Wenceslao Retana con una Diputación a Cortes, apoyado por el Gral. Weiler de ominosa recordación entre nosotros.

Apenas hecha la paz, Primo de Rivera negó la existencia de lo pactado; pero no dejó de admitir la Gran Cruz de San Fernando pensionada, que, como recompensa por la paz, se le había concedido. Para contraste elocuente de lo que deben esperar los naturales, no ha habido una concesión o premio para el crédulo Pedro Alejandro Paterno, indio filipino, único factor verdadero del milagro de la paz.

Añadid a todas estas infamias e indignidades, el relevo de Primo de Rivera, que estaba obligado a permanecer en Manila durante los tres años del armisticio; y el nombramiento, en su lugar, del Gral. Augustí, que ha llevado por consejero al Coronel Olive, el mismo que influyó cuando pudo con parcialidad descocada, siendo Fiscal de causas, para el fusilamiento del inmortal tagalo José Rizal, el mismo que en tiempo del débil Gral. Blanco y del canalla Polavieja (2) pidió la prisión de los llamados Hijos del País; o sea de los descendientes más significados de los europeos.

Ante esa serie y otras de actos de mala fe, de crímenes y sobre todo de olvido de sus compromisos, los mismos que firmaron el Tratado de Byak-na-bató se han considerado libres de las obligaciones de permanecer en el extranjero y de guardar por más tiempo la fe del armisticio prometido. Y, aprovechando la providencial ida a Filipinas de la escuadra vengadora de la Gran República de los EE. UU., vuelven or-

(1) Uno y otro eran escasísimos.

(2) Era un excelentísimo general y un perfecto caballero, como no lo ignoran los lectores ilustrados.

gulosos y satisfechos al suelo patrio a reconquistar su libertad y sus derechos contando con el apoyo de la escuadra anglo-sajona que consiguió destruir las fuerzas de los tiranos que han venido aniquilando la personalidad de nuestro pueblo laborioso, dechado de cualidades nobles y gloriosas. Luchemos todos unidos; secundemos la acción vengadora y humanitaria de la República Norte-Americana. (1).

Al ir a la lucha, debemos inscribir en nuestra bandera con claridad y precisión el lema sacrosanto de nuestras aspiraciones.

Queremos un Gobierno estable, elegido por el mismo pueblo.

Queremos que el país vote sus impuestos".

Y así continúan manifestando sus aspiraciones en otros 19 párrafos más, encabezados siempre con el acariciado Queremos, pero lanzando de vez en cuando la obligada frasecilla de su ojeriza contra el Gobierno Español, como en el "Queremos la supresión de la Guardia Civil, de esos esbirros despreciables".

La transcripción de los 21 quereres, ya mencionados, ocuparía excesivo espacio en este artículo; baste saber que en esas aspiraciones pedían (y así debieron expresarlo sin volcar el inmenso vocabulario del castellano que ellos emplean) todo lo que significa progreso y engrandecimiento en una nación que llevase siglos de autogobierno.

A continuación de esos 21 queremos, sacan otro registro para cantar las excelencias de la vida religiosa en Norteamérica y dicen:

"Allá hay Obispos, Arzobispos y Cardenales"; y continúan en otros cinco párrafos más, encabezados con el imprescindible "Allá hay" especificando que hay un Delegado Apostólico y catedrales y seminarios y conventos y cofradías, para venir a concluir que, apoyados por los americanos, podrá haber en Filipinas frailes, y Congregaciones religiosas, monjas y conventos, pero sometidos a las leyes del país.

Y, después de consignar que "tenemos el deber honroso de defendernos contra el látigo y el vilipendio de los españoles, aceptando la protección y dirección del humanitario pueblo de Norteamérica", terminan con los siguientes vivas:

"Viva Filipinas. Viva la Gran República de los EE. UU. de Norte América. Vivan el Presidente Mackinley y el Al-

(1) Estamos seguros de que, pocos meses después, no habrían usado de esos epítetos cuando se levantaron contra los humanitarios norteamericanos.

mirante Dewey (1), y firma La Junta Patriótica, en Hongkong, Abril, 1898”.

El transcrito (aunque en forma abreviada) documento no tornó a enardecer a las masas filipinas contra España; lo que sí levantó de nuevo el espíritu guerrero fué la presencia de Aguinaldo en el Archipiélago al ser trasladado a él desde Hongkong por los norteamericanos. Los pueblos, en sus luchas por la independencia necesitan de un individuo que encarne esa suprema y naturalísima aspiración, sin que en ello influyan otras cualidades personales, que a las veces pueden ser muy desfavorables para el individuo. Aguinaldo había operado hasta Octubre de 1896 en que estalló la revolución, en el humilde plano de matarife en un pequeño pueblo cercano a Cavite. Hablaba medianamente el castellano, y, de todos modos, los conocimientos literarios del antes matarife y después Presidente del Gobierno Revolucionario de Filipinas no pasaban del vulgar trivio leer, escribir y rentar; pero con todo, fué desde la citada fecha el ídolo de la Revolución; y su nombre corría en labios de todos, y a él se le atribuían las victorias ciertas o supuestas de los insurrectos filipinos. Como era un astro que no tenía luz propia, murió en la obscuridad, durante el dominio de los americanos, con el solo y primitivo tratamiento de D., después de haberse oído llamar Excelencia.

Al verle los filipinos de nuevo en el Archipiélago, echáronse otra vez al campo de la revolución, ayudados en esta ocasión por los americanos, quienes, después de haber hundido nuestra escuadra (nominal) de Cavite el Primero de Mayo de 1898, esperaban el resultado de las paces entre España y Norteamérica en el tratado de París.

Copados muchos de los destacamentos peninsulares que defendían las principales islas, sólo quedaban para guarnecer a Manila unos 3.000 hombres que tenían que hacer frente a la numerosísima avalancha de indios bien armados, a los cuales se sumaban los americanos que contaban con los cañones de su escuadra surta en la bahía. También España contaba en el fuerte de Santiago y en el paseo de la Luneta, junto a la playa, con algunos cañones; pero tuvieron que permanecer mudos ante la amenaza del Almirante Dewey, de cañonear la ciudad si ésta disparaba contra sus buques.

Por fin, rodeada la capital por tierra y por mar, sin po-

(1) Parécenos que poco tiempo después habrían cambiado esos vivos, excepción hecha del primero, en otras palabras de significado diametralmente opuesto. Pero ya era tarde.

der recibir auxilios por éste último, pues la escuadra de Cámara que navegaba hacia el Archipiélago había vuelto la proa hacia la Península apenas pasado el Mar Rojo, ni alimentos ni apoyo alguno por tierra, pues el cerco estaba herméticamente cerrado, se rindió el 13 de Agosto de 1898 a los americanos después de tres meses y medio de resistencia, arriándose la bandera del fuerte de Santiago en medio del coraje de los soldados y de las lágrimas de los civiles españoles a las cuales se juntaron las de muchos, buenos y agradecidos filipinos. El Gral. Jaramillo no hizo, empero, entrega del mando de la ciudad hasta el 1 de Enero de 1899 a los nuevos amos cuyo primer paso fué poner a raya a los filibusteros filipinos, amigos suyos hasta aquel aciago día para la Madre Patria.

España pagó carísimo un desacierto (cometido por partida doble) en Cuba y Filipinas: el de no haberles concedido a tiempo, a aquélla la independenciam que pedía y a ésta la autonomía que solicitaba. Olvidó España, que con las colonias sucede lo que con las hijas casaderas: que no se les puede retener a la fuerza junto a las faldas de la madre. Cuba era ya mayor de edad por su progreso, y Filipinas empezaba a vestir de largo por su creciente cultura. Un otorgamiento maternal de lo que respectivamente pedían esas dos últimas hijas cuyas, por ella dadas a la luz del progreso cívico y de la religión católica, habría producido una separación de los brazos maternos con dulces lágrimas de eterno agradecimiento por parte de las hijas y con un rasgo de justo orgullo por parte de la reverenciada y prolífica Madre.

Por no haberlo hecho así, España, además de perder las dos hermosas y riquísimas colonias (una de ellas sin explotar todavía), perdió su regular escuadra en Santiago de Cuba y su aparente escuadra en Cavite, con los muchísimos miles de soldados muertos, hijos suyos, y los ingentes gastos experimentados por el fisco.

Como nota curiosa, queremos consignar que en sola la guerra de Filipinas gastó España desde Octubre de 1896 a Julio de 1898, por material de guerra 669.375 pesos; por expedición de tropas 876.660 pesos; por material de marina 192.875 pesos; por habilitación de buques para la expedición de tropas 452.329 pesos; por pagos a la Comp. Transatlántica 2.579.039 pesos.

Para el hundimiento de nuestra diminuta escuadra en Cavite lanzaron los norteamericanos 5.681 proyectiles de peso 6 y 3 libras inglesas con costo de 9.000 libras esterlinas.

Con objeto de endulzar el ánimo de la amargura causada por aquel espectáculo en los que tuvimos la desgracia de presenciarlo, voy a transcribir un hermoso párrafo, altamente laudatorio para España, por el filipino Cayetano Arellano,

que llegó a ser Presidente de la Corte Suprema en Filipinas durante el Gobierno de los americanos, y a quien se disputa el título de la más alta mentalidad del Archipiélago. Escribía así el citado Sr. Arellano:

“Aunque bajo la soberanía española la Constitución disponía que estas Islas se gobernasen por leyes especiales y no por las generales de la Madre Patria, es no obstante cierto que, salvo en lo político, regía aquí realmente el mismo sistema que en la metrópoli con referencia a los derechos individuales, de propiedad personal y de familia así, como en las herencias, ya testamentarias, ya de cualquier otra clase. Así es que, al sobrevenir la soberanía de los norteamericanos, hallaron vigente un sistema de gobierno municipal y provincial que, si bien centralizado, se adaptaba al progreso administrativo del país; un Código penal, un Código civil, y un Código de Comercio idénticos a los de España; una ley hipotecaria común a las de otras Provincias ultramarinas de Cuba y Puerto Rico.

Cuando España estableció su soberanía en estas Islas, no sólo reconoció el derecho de sus nuevos súbditos a los bienes que poseían, sino que aun les donó mayores extensiones de terreno por medio de consecutivas y progresivas leyes por todo extremo favorables a los indígenas”.

Esa declaración salida de labios de tan elevada persona, unida al pensamiento del Congreso Eucarístico Internacional celebrado últimamente en Manila, capital de la última hija de la Madre Patria, endulza notablemente la amargura que siempre causa el triste recuerdo de los últimos días de España en Filipinas.

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Alberto Cruchaga Ossa

Una biografía del Arzobispo González Suárez

El mismo día 1.º de Diciembre de 1936 en que se inauguraba la Conferencia Interamericana para la Consolidación de la Paz en Buenos Aires, las prensas de la Imprenta Municipal de Quito acababan de imprimir una biografía del Arzobispo Monseñor Federico González Suárez.

El suceso de Quito tiene conexión y afinidad con el de Buenos Aires, porque una de las ideas matrices del Metropolitano quiteño, que orientó su acción en la vida y contribuirá a difundir la biografía recién publicada, fué la excelencia de la paz y la necesidad de buscarla.

En carta dirigida como Obispo de Ibarra en 1900 a su Vicario General, González Suárez le decía: "Nuestros sacerdotes han de trabajar por la paz, y yo como prelado les impongo el deber de trabajar porque la tranquilidad pública no se perturbe: amemos la paz y procuremos que reine la paz. La guerra es un flagelo divino y la Iglesia nos manda considerarla como tal".

Siempre es oportuna la publicación de la biografía de un grande hombre cuyo tránsito por la tierra ofrezca lecciones útiles para sus semejantes, pero esa publicación es de celebrar especialmente cuando las proporciones y calidad del personaje alcanzan caracteres tan excepcionales como en el caso de González Suárez y a la vez el autor reúne las felices condiciones del doctor Nicolás Jiménez para dar brillante cima a su trabajo.

La obra, sobriamente elegante y concienzuda, del doctor Jiménez se lee con interés y deja satisfactoria impresión de imparcialidad.

González Suárez "el estudiante era muy pobre" y, como a muchos en igual caso, "el superior de los jesuítas le concedió una beca": según tan trascendental beneficio lo exigía de un corazón bien puesto como aquél, "su reconocimiento y su afecto a los jesuítas fueron grandes".

A esta primera época de la vida del futuro Arzobispo corresponde un episodio que refleja el carácter privilegiado de que siempre dió pruebas.

En 1857 tenía González Suárez 13 años y, clausuradas ya las demás clases, todas las cuales estaban bajo la superdirección del Rector de la Universidad, uno de los profesores, extravagante en su rigidez y siempre deseoso de hacerse oír, seguía exigiendo a sus alumnos, entre los cuales

se contaba González Suárez, concurrieran al curso, que carecía ya de toda razón de ser, por estar rendidas las pruebas finales.

Para que no se les postergaran más las apetecidas vacaciones, los alumnos nombraron una bullanguera delegación de treinta miembros que fuera a pedir al Rector lo que les correspondía.

En la misión figuró González Suárez, el primer alumno de la clase, pero a poco andar "van acordándose algunos que el Rector es el doctor Gabriel García Moreno, tan estricto, tan bravo, que con una voz, una mirada, hace temblar a todos, y así muchos prefieren quedarse en la primera bocacalle".

"Al pretil o atrio de la Catedral no llega sino la mitad", y de estos "no bajan la grada larga más que unos diez; al pórtico de la casa solariega ya no llegan sino media docena y en el zaguán, como al entrar en la cueva del león, desmaya el valor de uno tras otro". Sólo "uno se anima y sube con González Suárez la escalera, pero apenas la sirvienta les franquea la entrada, su acompañante único dice a González Suárez "yo no entro", y su actitud responde a sus palabras.

La delegación unipersonal no vacila, llama con discreción a la puerta y, después de oír un "adentro" que califica de "formidable", encuentra al "Rector vestido de levitón negro, paseándose en la espaciosa sala con un rollo de papeles en la mano mientras conversa con su esposa, sentada en una butaca".

A un ¿qué quiere usted? del dueño de casa se siguieron la serena exposición del asunto y un alentador "ya averiguaré; vaya usted tranquilo, niño".

El último desertor esperaba pálido en el descanso, alegran pronto a los del zaguán las buenas expectativas, y al día siguiente estaba todo el curso en vacaciones y el profesor Proaño resignado a carecer de oyentes hasta la reapertura de las clases.

La activa vida sacerdotal y pastoral de González Suárez no estuvo exenta de rudas pruebas, que sólo sirvieron para templar aún más su ingénito carácter.

En 1909 se colocó una placa conmemorativa en la humilde casa natal del ya entonces Arzobispo de Quito. Usó de la palabra en ese homenaje nacional el eminente jurista doctor Luis Felipe Borja, bien conocido en Chile por sus sabios "Estudios sobre el Código Civil Chileno".

Dijo en tan solemne ocasión el doctor Borja que "austeridad de costumbres, entereza de ánimo, desprecio a los

bienes de fortuna" fueron características distintivas de González Suárez.

En la sólida formación intelectual del Pastor quiteño, según lo recuerda una de sus obras, tuvo parte el prelado chileno don Justo Donoso, Diocesano que fué de La Serena y cuyo texto de Derecho Canónico era el de estudio de ese ramo en el Seminario de Quito.

En 1885, de regreso de un viaje a Europa, González Suárez estuvo en esta capital. "Entré a Chile — dice — atravesando a mula la cordillera de los Andes".

El mismo camino había hecho en no más airosa postura el General San Martín, de quien dice Ricardo Rojas en su libro "El Santo de la Espada": "Cuando pasó la cordillera con el ejército de los Andes no lo hizo en vistosa cabalgadura, sino sobre apero criollo, a lomo de una mula cuyana".

Fué el andante viajero en 1885 un trabajador incansable. "Es increíble — dice — lo mucho que puede la constancia en el trabajo: yo no he perdido una hora de tiempo y una de mis mayores contradicciones ha sido la de las visitas, sobre todo las largas e inoportunas". Esto en cuanto a las visitas en su aspecto pasivo, que en cuanto al activo, al parecer las ignoraba, pues el prelado también escribía en sus últimos tiempos: "No he visitado ni he acudido a convites ni invitaciones".

Los agrados que no encontraba en las visitas los hallaba el entusiasta lector en los libros; de uno de ellos dice: "Mientras lo estaba leyendo me parecía que me hallaba en compañía de un amigo querido cuya conversación me tuviera fascinado; la conclusión de la obra fué para mí como una despedida intempestiva".

Su juicio sobre el periodismo es original y poco favorable, pues escribe: "He tenido aversión al periodismo, el cual bajo muchos respectos es para mí una plaga social. No obstante, la sociedad moderna se ha de servir del periodismo como de una potencia social, más poderosa para el mal que para el bien: es indispensable que haya periódicos buenos".

Parte considerable de sus tesoneras actividades dedicó González Suárez a las investigaciones históricas, en las cuales sus juicios fueron muy acentuados, a veces no poco discutidos, y en este último aspecto ofrece especial interés su actitud respecto a la debatida cuestión de los "shyris".

El célebre historiador colonial Padre Velasco traza una genealogía completa y pormenorizada con máxima prolijidad cronológica de los sucesivos soberanos de Quito primitivo, y dice provenir tan prolijas noticias de tres fuentes, un Padre Niza, un historiador indígena, Collahuaso, y un cronista es-

pañol, Bravo de Saravia, a ninguno de los cuales al parecer nadie más, en absoluto, fuera del Padre Velasco cita ni conoce.

González Suárez llega a la terminante conclusión de que todo aquello no es más que “pura imaginación” del Padre Velasco, cuyas noticias sobre los “shyris” defienden y apoyan no pocas autorizadas opiniones, entre ellas el erudito chileno don Joaquín Santa Cruz que, apunta el biógrafo de González Suárez, “contraponen razones a razones, citas a citas y conjeturas a conjeturas”.

El escritor chileno que así discutió a González Suárez fué de la misma escuela del gran ecuatoriano en lo de no perder una hora, pues quitó hasta en sus últimos años al descanso, para darlas al estudio, las pocas que le dejaba libres la concienzuda atención de su notaría de San Fernando.

Un importante incidente de la vida pública de González Suárez dá idea como pocos de los quilates de su virtud.

En 1878, elegido González Suárez diputado, el único perteneciente a la clase sacerdotal, contestó en forma airada y con duros conceptos para otros de los diputados electos, la nota por la que se le participaba su elección.

Los convencionales que se creyeron injuriados exigieron ruidosamente el retiro de semejante comunicación, con lo que se planteaba para su firmante un serio dilema.

“Había entonces — escribe el después Arzobispo — odio ciego contra el clero y casi todos los miembros de la Convención ardían en venganza contra los sacerdotes. Yo podía haber contestado que no retiraba mi nota, lo que lisonjeaba mucho mi vanidad; retirarla era arduo y penoso; si me manifestaba terco y no retiraba mi nota, se me hubiera colmado de elogios como a un valiente y habría salido de la Convención entre aplausos y vivas de los que formaban la oposición al Gobierno, pero habría dado pretexto para que se continuara declamando contra el orgullo del clero”.

En aquel trance recordó, dice el diputado eclesiástico, la frase de Lacordaire: “Conviene aparecer humillado ante los hombres para no ser humillado ante Dios” y obró así: “El criterio de mis acciones, me dije a mí mismo en el silencio de mi conciencia, no puede ser otro sino el de los santos: todo otro criterio es torcido, y el único recto es el de la humildad”.

Así ganó González Suárez aquella batalla contra sí mismo, que es con quien se traban batallas de las más reñidas y decisivas. “Me abracé con la humillación — escribe, — dije que si mi nota la tomaban como ultraje la retiraba porque ni como ciudadano ni mucho menos como sacerdote había tenido intención de injuriar a nadie”.

“Se había creído ofenderme — agrega el ilustre Arzobispo en sus retrospectivas “Memorias Intimas” — calificándome de sacerdote indigno que carecía de todo merecimiento para llevar la sotana clerical, y contesté que aquella verdad era reconocida por mí mismo, y que la confesaba, no sólo sin dificultad sino con agrado”.

Aquel día estuvo el diputado González Suárez sólo ante la prueba a la altura que hacían esperar su eclesiástica muceta y el escolar de 1857 solo ante García Moreno.

Muy digna es la biografía de González Suárez de haber sido elegida como la primera de las obras de su género para integrar la importante serie de Publicaciones del Archivo Municipal de Quito, que hasta ahora habían tenido carácter meramente documental.

Al cerrar con semejante reflexión el libro del doctor Jiménez, vuelven a la memoria del lector palabras de González Suárez que el autor ya le ha hecho conocer, pues “la conclusión de la obra” algo tiene de “una despedida intempestiva”.

“EL DIARIO ILUSTRADO”

Las mejores informaciones del país y del extranjero.

Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas.

Exija a los suplementeros **“El Diario Ilustrado”**

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

Alberto Hurtado

Psico-Pedagogía de la afectividad en la adolescencia

Ponemos aquí término al estudio de esta materia, que nos ha ocupado dos artículos anteriores.

Relaciones afectivas entre adolescentes y personas de edad diferente.

Las formas de la afectividad tratándose de personas de edad diferente revisten caracteres muy distintos que merecen juicios diversos.

Hay una primera manifestación de esta afectividad que no es en el fondo más que una desviación del sentimiento que lleva a la persona de más edad a buscar a la joven, reemplazada por el niño gracioso o por el adolescente. Sentimiento enfermizo que no produce sino efectos perniciosos a pesar de las desgraciadas protestas de algunos autores de mentalidad también enfermiza. Felizmente reuniendo diversas observaciones de educadores chilenos y de algunos otros países americanos nos parece que podemos llegar a la conclusión que esta forma anormal de la afectividad no se ha desarrollado entre nuestra juventud, en la forma alarmante que reviste el mal en otros países europeos tenidos generalmente por más ordenados en su vida sentimental. Es de alegrarse que se haya introducido una cierta tradición en nuestro ambiente escolar que descalifica esas relaciones sentimentales entre compañeros que no son de la misma edad. Estos afectos ofrecen un desahogo menos normal a las tendencias superiores del espíritu debido a la dificultad de proseguir en común un ideal superior, impersonal, lo que hace que más fácilmente el afecto pueda seguir las vías del instinto animal.

Otra forma hay de afectividad entre personas de edad diferente que no ofrece los peligros de la anterior. Es un amor espiritual en el cual las cualidades sensibles influyen menos y en el que la influencia predominante corresponde a la polaridad de las almas, el complemento psíquico.

La persona mayor busca a la más joven para darle algo que a esta le falta, y ésta a su vez ofrece a la persona de mayor edad la nativa pureza que ya no posee y que echa de menos dolorosamente. El de más edad quisiera guiar al adolescente, preservándole de extravíos y al propio tiempo es atraído por el recuerdo nostálgico de los años idos. El alma

joven medio adormecida aun e ingenuamente receptiva busca inconscientemente al alma fuerte, concentrada en una dirección y por tanto dominadora.

En este afecto hay un fondo altamente educativo buscado por la naturaleza: un acercamiento del adulto al joven para que ambos se completen y se enriquezcan comunicándose la experiencia, la belleza de la sabiduría en el sentido platónico, la solicitud de una parte y la deferencia de parte de otra, que recuerda los vínculos que unen al hermano mayor y al pequeño, o al padre y al hijo cuando el primero ha guardado la adolescencia de corazón.

Este afecto para que pueda desarrollarse sin peligro exige que los interesados no ofrezcan en sí nada de reprochable y que la educación de la castidad del mayor haya sido realizada convenientemente. De lo contrario este afecto puede revestir una forma demasiado apasionada, como ocurre con mayor frecuencia entre las adolescentes y sus maestras. Los diarios íntimos de muchachas, muchos de ellos publicados, demuestran cómo el alma femenina no sólo siente gratitud por sus maestras sino que adhiere a ellas como una explicación del mundo y de la vida.

Los educadores no se han de cerrar a las confidencias de las almas jóvenes que acuden a ellos en busca de experiencia, de fuerza, de dirección y les han de abrir los tesoros de su alma más conocedora de la vida. Pero esta comunicación no podrá realizarse sino poniéndose a tono con el adolescente, vibrando con sus entusiasmos, con sus ideales... siendo joven de corazón. Un "viejo desilusionado", pesimista, regañón, que no sabe sino recordar sus desengaños que renuncie a educar; su experiencia carece de sentido para los problemas del joven.

Las formas de este amor se acercan tanto más a un amor puramente espiritual cuanto mayor resulta la diferencia de edad. Sólo subsiste entonces el contacto polar de las almas que buscan su complemento psicológico para los fines queridos por el Autor de la Naturaleza.

El entusiasmo de los adolescentes por los mayores.

Otro de los elementos que intervienen para despertar y cimentar las relaciones afectivas entre los adolescentes y personas de edad diferente es el entusiasmo que los jóvenes sienten por las cualidades superiores que creen ellos descubrir en los mayores: valor intelectual, valor moral, valor de acción o cualquiera superioridad aun en el juego, en la fuerza, en la simpatía.

Como dice Wagner, el entusiasmo juvenil no es más que otra forma del amor estético, es una tendencia hacia el ideal de la virilidad, de la gracia, de la fuerza que resplandece en la causa noble que sirve la persona admirada. La juventud — dice Platón — es una embriaguez espiritual producida por todo lo que es grande y noble y bello y todos los vinos sobre todo los más generosos y finos pueden producir esta embriaguez.

El entusiasmo de los adolescentes se manifiesta no sólo por las personas con las cuales entran en contacto cotidiano, sino a veces también por personajes extranjeros a los cuales ni siquiera han conocido, pero a quienes aman de verdad, y a veces aún por las grandes figuras de la antigüedad como Sócrates, Alejandro, César, en los tiempos más modernos el Gran Capitán, Napoleón, O'Higgins, hasta por personajes legendarios como don Quijote que a penas es tomado como un personaje cómico.

Todo lo que hay de sublime en las grandes acciones de la humanidad interesa y enamora al adolescente y su alma vibra de entusiasmo. De ahí el valor pedagógico extraordinario de las lecturas durante la adolescencia, de las biografías en particular, que sin darse ellos cuenta, van modelando su alma. Con frecuencia óyese decir a jóvenes inexpertos que pueden ellos leer y ver en el biógrafo lo que quieren porque eso no daña sus almas, sin darse cuenta de la ruina inmensa que una página ha podido producir en su alma. Uno de los elementos pedagógicos de mayor valor no nos cansamos de repetirlo es la lectura bien escogida y ¡cuán de desear es que tengamos en Chile biografías interesantes que presentar a nuestros jóvenes para encauzar sus entusiasmos generosos!

Vicisitudes de la vida afectiva del adolescente.

Desde Aristóteles viene continuamente hablándose del humor inconstante de los adolescentes. Sus aspiraciones son tan mudables como los accesos de hambre y sed de un enfermo. Un obstáculo inesperado, alguna falta descubierta en el amigo, o simplemente el paso de nuevos deseos al primer plan de la conciencia, puede substituir la indiferencia al amor. Algunas veces los dos estados alternan sucesivamente y llegan hasta a subsistir juntos en un estado complejo que no encuentra su equivalente en ningún otro momento de la vida. Las oscilaciones entre el amor y el odio, la admiración y el desprecio y generalmente entre las formas extremas del sentimiento son frecuentes. Algunos sujetos después de una traición vulgar, una decepción, o un fracaso caen en un ci-

nismo afectado y parecen querer matar en ellos mismos todos los sentimientos delicados que habían cultivado hasta entonces. Otras veces a un período de exaltación afectiva sucede un período de sequedad de espíritu y de aridez interior, que les mueve a quemar sus escritos, sus poesías, a renunciar hasta los vestigios de un estado de espíritu que ya no pueden comprender. Goethe, Michelet, Stuart Mill y muchos otros han pasado por estas alternativas.

Cambios en las emociones familiares.

Las emociones familiares están sujetas a las mismas vicisitudes. A pesar del afecto vivamente sentido por los padres y el hogar, la monotonía de la vida doméstica molesta al joven aun al que es bueno, sobre todo si es emotivo, hasta el punto de hacerle difícil y aun intolerable la vida de familia y de mostrarse duro con sus padres y hermanos. Michelet dice: "que esta crisis del afecto familiar se deja sentir aun en las familias mejor equilibradas". A veces el tono demasiado autoritario de la voz paternal, y la falta de delicadeza en hacer sentir su autoridad agrava este estado de cosas. Por otra parte el instinto social comienza a hacerse sentir en los adolescentes no menos que la tendencia a la autonomía y son causa de que los que comienzan la pubertad prefieran la compañía de los amigos a la de los padres y hermanos. Y ¡cuán conveniente es que los padres de familia conozcan esta crisis normal en el espíritu de sus hijos para que les ayuden a atravesarla y no la agraven con exigencias infundadas!

Los espíritus retardados en su evolución intelectual e moral llevan estas marcas de desafección para con sus padres hasta límites extremos. No es raro encontrar hijos que molestan sin cesar a sus padres pidiéndoles dinero, y, una vez obtenido, les agradecen su generosidad con insultos y amenazas. Mendousse cita el caso del hijo de una pobre viuda que echado del liceo y mantenido por su madre en un colegio que le costaba mucho dinero, reconoce los sacrificios de la pobre mujer, en una carta como ésta: "Cuando no se puede dar a los hijos con qué se diviertan, no hay que mandarlos al mundo". Rousseau hace ya muchos años, notaba esta conducta refiriéndose sobre todo a los jóvenes viciosos y decía: "Que su imaginación llena de un solo objeto se rehusa todo lo demás; ellos no conocen ni la piedad filial, ni la misericordia, y sacrificarán el padre, la madre y todo el universo al menor de sus caprichos". Son constataciones bien tristes, pero es necesario no cerrar los ojos para no verlas pues sólo así se puede desviarlas mediante una educación solícita. Felizmente una educación recta, un ambiente familiar

afectuoso, respetuoso, comprensivo y firme a la vez puede encauzar tan perfectamente al alma humana como tenemos ocasión de constatarlo todos los días en jóvenes que no desvían ni un ápice en sus relaciones familiares y sociales.

Sentimientos sociales alternos.

Dispuestos a colaborar en las obras de beneficencia, a compadecer los sufrimientos físicos y morales, y con frecuencia hasta con sacrificios considerables, ofrecen los adolescentes en otros momentos síntomas de un espíritu de ligereza y de crueldad. Por un capricho hacen sufrir a los pobres profesores y vigilantes que tienen una personalidad menos apta para tratar con ellos, maltratan a los jóvenes compañeros recién llegados, crueldades que en algunos establecimientos como en los ingleses y alemanes son muy conocidas, y que en las fábricas belgas constituían una verdadera vergüenza entre los aprendices a la cual ha venido a poner remedio la Juventud Obrera Cristiana.

Al llegar los adolescentes a los 17 o 18 años dan síntomas con frecuencia de una vanidad muy característica, mezcla de orgullo y jactancia que se gloria de sus cualidades intelectuales, de su situación social, real o ficticia y hace que sean despiadados con otros que ellos consideran inferiores. Cuando no poseen estas cualidades las afectan de una manera ridícula como no volverán a hacerlo en otras épocas de la vida en que los verdaderos valores son mejor comprendidos.

No faltan tipos, es cierto, que no parecen reflejar ninguna de estas alternativas tan características, sino que parecen viejos precoces. Hay que reconocer que algunos son así porque tal es su organización psico-fisiológica, por lo demás, perfectamente normal; pero de ordinario esos tales no son otra cosa porque tienen un gran defecto de vitalidad congénita, debido a una educación familiar muy defectuosa que ha muerto la personalidad del hijo a fuerza de constantes reprensiones, o exagerando los mimos y caricias que han impedido al niño de llegar a ser un hombre.

Causas de la variabilidad afectiva del adolescente.

Hay quienes creen encontrar la causa de esta variabilidad en el deseo de afirmarse que apunta en el adolescente y esta teoría está en los fundamentos de toda la construcción ideológica de Adler. Otros piensan que la variabilidad obedece al deseo de saborear en toda su intensidad emociones contradictorias.

Es indudable que una de las causas más profundas de tal estado de espíritu ha de ser buscada en la incompleción psíquica del adolescente; su alma aun no ha cristalizado las tendencias que la animan, sino que siente un bullir dentro de sí de afectos en sentidos los más diferentes. Todas las tendencias que habrán de solicitarle en la vida se presentan entonces invitándole a gustar de ellas; por otra parte él no conoce todavía por propia experiencia los valores reales que encierra cada una, y no sabe distinguirlos de las apariencias de amor y de afecto. Es, pues, por tanto natural que se sienta bastante desorientado y se lance ya a unos, ya a otros objetos según el mayor o menor grado de atractivo que le ofrezcan.

Por otra parte el amor en esta edad se alimenta con mayor intensidad de la propia vida interior que de la persona real a quien se dirige. Es el florecer del alma el que ilumina estos ideales. El don de ver valores auténticos no se ha formado todavía plenamente. Grillparzer dice que en esta época amamos sólo la imagen que nos pinta nuestra fantasía; la persona que se cree amar no es más que el lienzo sobre el cual el adolescente que ama pone los colores de su fantasía. Con una imagen trivial Spranger dice que las personas reales son sólo las perchas en las cuales el adolescente cuelga los trajes de gala de su fantasía. En esta edad llega a tanto esta idealización que un adolescente pudo decir una vez que estaba perdidamente enamorado, pero que aun no sabía de quien, frase de alto valor psicológico tratándose de la adolescencia. Siendo esto así, es muy natural que con frecuencia la propia fantasía proyecte estos colores ideales aun a objetos indignos a los que adorna de rasgos de belleza sacados de la fuerza desbordante de su alma ardiente. Es natural también que la realidad termine por aparecer y que la fantasía no pueda continuar recubriendo a una persona que por muchos conceptos se revela indigna. La consecuencia natural. Al despertar el adolescente de un sueño tan doloroso al cual en su inexperiencia se había entregado por entero cambia bruscamente su amor en odio. Por el contrario descubre a veces en seres de suyo exteriormente sin atractivo cualidades de alma que les agigantan a su vista tan amante de los valores auténticos, y su frialdad se cambia en admiración y en amor apasionado.

Una causa general que no conviene olvidar de esta inconstancia de la vida afectiva de la adolescencia, está en la misma superficialidad de sus afectos, causa a primera vista tautológica, puesto que aducimos como causa de la variabilidad la superficialidad, hechos al parecer idénticos, pero que en realidad envuelven un matiz de causa a efecto. La vi-

da afectiva del adolescente aparece a primera vista como muy honda y lo es en ciertos sentimientos propios de la edad, pero sobre todo tratándose del amor, la profundidad del afecto es de ordinario aparente. El afecto que experimenta entonces no es el arranque irresistible que le lleva a una persona con exclusión de las demás, sino más bien — como ya lo indicábamos antes — algo mucho más vago que le empuja a salir de sí mismo y a buscar un derivativo a la inquietud interior que le atormenta y al propio tiempo un objeto que le pueda servir de forma que le ayude a cristalizar esas tendencias amorfas que le agitan. No está de más notar que estas consideraciones valen sobre todo tratándose de los adolescentes ya que la estabilidad afectiva de las mujeres aun desde jóvenes parece mayor, de lo cual encontramos un hermoso ejemplo en los personajes que nos presenta Don Manuel Rivas Vicuña en su hermosa novela "El Cristo del Maestro".

En la vida de Félix Dahn encontramos el caso de este joven de catorce años que se enamora de una muchachita de trece años que vive en la vecindad. Todos sus silenciosos homenajes son para ella; procura siempre encontrarla, de suerte que en 7 años la ha saludado 2.772 veces, pero apenas osa dirigirla la palabra, apenas si alguna vez la ha hablado... pero en su alma ella es la reina, la suma revelación del universo en cuyo honor escribe numerosas poesías. El mismo escribe después: "No fué una pasión, ¡a los 14 años!; no fué tampoco, más tarde un verdadero amor, pues la historia hubiese transcurrido de otro modo, hubiese habido una historia; pero no salió de todo aquello más que muchos, muchos miles de versos, y algo en verdad digno de alta estimación, una salvaguardia mágica para mi pureza..."

... "Ningún deseo tendía hacia ella. Su imagen santa, muda, radiante de hermosura ha flotado durante mi vida como una reina celestial que flota en los aires sobre altas nubes orladas de luz sin provocar ningún deseo a una belleza corpórea inaccesible".

Otra causa de la inestabilidad afectiva del adolescente parece residir en el hecho que un mismo sujeto experimenta a veces simultáneamente diferentes amores, el uno hacia una persona que personifica la pureza, el candor, y el otro — que a veces parece predominar — hacia quien personifica la sensualidad. Las acometidas de este afecto sensual son fuertes, pero dejan en el alma del adolescente una impresión más bien penosa, como lo ha comprobado la encuesta hecha por Th. L. Smith. Esta lucha entre la ternura y la sensualidad acrecienta la inestabilidad afectiva del adolescente. El adolescente de educación psicológica normal tiende a rechazar aquellos afectos dirigidos a la posesión libidinoso, pues se da

cuenta que una experiencia libidinosa demasiado precoz dañaría el enriquecimiento ulterior de su sensibilidad, paralizando o disminuyendo el trabajo interior necesario para transformar en sentimiento humano la pasión animal. Por eso tiende más bien hacia objetos irreales que no determinan ni limitan su vida afectiva. Las autobiografías y recuerdos de juventud están llenos de testimonios de adolescentes que entre los catorce y los veinte años se han enamorado locamente de criaturas ideales forjadas por la poesía, la historia o por ellos mismos. En estos años se vive más para lo ideal que para lo real, o como dice hermosamente Stanley Hall: viven para aquello para lo cual también pueden morir.

Consecuencias Pedagógicas.

En primer lugar salta a la vista el valor inmenso de la vida afectiva del adolescente en la formación de su personalidad. El amor que bulle en su ser le eleva. Los hombres no hubiesen sabido lo que es el ideal si no hubiesen experimentado el amor en su alma. El embellece la vida, y sublima cuanto el hombre encuentra a su paso; añade nuevas energías que se prolongan en la esfera del espíritu para engendrar un yo mejor, le impulsa a lo grande y como dice Stanley Hall, le hace vivir para aquello para lo cual se puede también morir.

Pero esta tendencia tan fecunda, tan noble si es desviada puede comprometer definitivamente la vida superior del hombre y matarlo en su fuente todas sus grandes aspiraciones. Como decía un poeta francés:

Le coeur de l'homme vierge est un vase profond.
Lorsque la premiere eau qu'on y verse est impure
La mer y passerait sans laver la souillure,
Car l'abime est immense et la tache est au fond.

La vida afectiva del adolescente más que ninguna otra de las manifestaciones de su espíritu exige, pues, la obra del educador siempre inclinado sobre el adolescente para dirigir las manifestaciones del afecto. El corazón del adolescente ha de ser tratado como uno de esos hermosos rosales que se plantan en los jardines ingleses, que es continuamente podado, no tronchado. Los brotes prematuros, aquellos que aparecen muy junto a la tierra son cortados para que el tallo fuerte se levante airoso, y su amplia copa florezca hermosas rosas grandes y fragantes. El alma no cultivada, no dirigida en sus afectos semeja a un rosal silvestre lleno de tallos generosos por todos lados, pero que da rosas raquílicas.

Este cultivo de la vida afectiva del adolescente exige la acción continua y solícita del padre y del educador siempre inclinado sobre su alma. Pero este cultivo será imposible si padres y educadores no gozan de la confianza de los niños, y para gozar de su confianza hay que guardar perpetuamente la adolescencia de corazón.

No cumplen por tanto su misión de educadores aquellos establecimientos donde los alumnos no encuentran en el educador al amigo, sino únicamente al profesor que cree haber cumplido su misión enseñándole bien la ciencia y preparando un examen brillante. Eso no es educar, sino instruir, y lo que valoriza la vida no es la instrucción, sino la educación. Porque después de todo la instrucción da algo al hombre, pero no lo hace mejor y lo que importa en la vida no es tener algo, sino ser algo. En los colegios dirigidos por sacerdotes se puede contar con un medio de la mayor importancia pedagógica: el padre espiritual, sacerdote al que pueden acudir los jóvenes en busca de apoyo y dirección. Educadores tan poco sospechosos de parcialidad con los colegios católicos como Barrés y Payot alaban sin restricción este medio de cultivo espiritual.

La pedagogía del adolescente dice Lancaster se resume en esta palabra: *Inspire enthusiastic activity*: una actividad entusiasta e inspirada. El oficio del educador, consistirá por tanto menos en suscitar la vida afectiva juvenil, que en darle direcciones y alimentos apropiados. Cuando ésta sea raquítica, claro está, que deberá de estimularla como se aviva un enfermo mediante una inyección, pero de ordinario se trata sólo de canalizar un caudal emotivo demasiado rico por sí mismo, dándole un ideal superior que le cristalice.

Viniendo ya a tratar más en detalle los medios de que se puede valer el educador para canalizar la vida afectiva del adolescente, señalaremos en primer lugar, el ponerlo en contacto con la belleza. Todo lo que es bello, noble, armonioso, por el sólo hecho de serlo, educa. Por tanto que el hogar y la escuela, aunque sean pobres, sean bellos, sean hechos con gusto, que el mobiliario, los cuadros, los jardines, que todo refleje algo de belleza. El alma plástica del niño y del adolescente se va modelando al contacto de lo bello. Lo bello es bello porque es armónico. Y la armonía es el fundamento de un orden moral, la armonía que se manifiesta en el respeto de todas las relaciones esenciales de la naturaleza.

Lo que decimos del contacto con la belleza se diga también del cultivo de las cualidades humanas de urbanidad, educación, cortesía, caballerosidad, respeto, respeto por todo por el hombre, y hasta por las cosas. Esas cualidades humanas

desarrolladas plenamente ofrecen un hermoso fundamento a un alma bella. Es un error el de aquellos que sólo insisten en las que llaman virtudes sobrenaturales, despreciando las que llaman cualidades humanas. La distinción creo que no es fundada, pues estas que llaman virtudes humanas cultivadas por un alma en gracia no son sino la efloración de la más sobrenatural de las virtudes, la caridad. En el orden actual no hay virtud que sea puramente humana para el cristiano.

Este culto de lo bello en lo exterior y en lo interior del alma supone necesariamente un espíritu generoso, que luche despiadadamente con el ambiente materialista que presenta la vida como una bolsa de comercio, y que se empeña en valorizar todas las cosas a los ojos del niño por su equivalente en notas y premios en la vida de colegio, en dinero en la vida posescolar. Ese criterio estrecho es sumamente perjudicial, mata la verdadera vida afectiva y fomenta el egoísmo que convierte el amor y la amistad en utilidad y placer. "La amistad no es más que un comercio en que el amor propio se propone siempre ganar algo", según la máxima que transcribe Rochefoucauld. Y el amor, un medio de sacar el instinto cuando joven o de tener una compañera cuando la edad avance.

El amor y la amistad en cambio no son egoísmo, sino las alas más fuertes que ha dado Dios al hombre para levantarse del fango de este mundo.

La amistad, si es demasiado sensible, es peligrosa; pero cuando reúne las características de la verdadera amistad es una fuerza poderosa para el bien. El amor educado gradualmente, actuando una vez que el hombre ha llegado a su madurez y entretanto sirviendo para animar todas las actividades del adolescente dará a éste una energía y una plenitud que le hará ir al bien con toda su alma.

Finalmente al tratar del amor hagámoslo siempre con el respeto debido al más noble de los sentimientos. No nos olvidemos como dice San Juan que Dios es amor.

Un Estado cristiano integral

FRANCIA BAJO EL REINADO DE SAN LUIS

La Edad Media es aquella época comprendida, como todos sabemos, entre la caída del Imperio Romano y de la civilización antigua, ocurrida bajo el esfuerzo insostenible de los Bárbaros invasores venidos de todos los puntos del horizonte para acabar con ella, y enriquecerse de sus despojos, y la toma de Constantinopla por los Turcos que constituyó el derrumbamiento del Imperio de Oriente y de la civilización cristiano-bizantina, y el principio de la era del Renacimiento en occidente.

Los ataques ponzoñosos de la crítica materialista han hecho de la Edad Media la época más calumniada, generalmente pintada bajo los colores más oscuros contrariamente a la más elemental verdad histórica.

Lo que los enemigos de la idea católica han llamado "La Noche de la Edad Media" fué época de fé intensa y general, ende que sea tachada de ignorante y de bárbara de fanática y retógrada por aquellos en cuyo cerebro primario el odio antirreligioso predomina sobre la imparcialidad, cualidad exigida sin embargo de todo historiador digno de ese nombre, que no debe en caso alguno transformar su cátedra de profesor en un medio fácil de propagar ideas y rencores personales.

El que ha andado por el viejo mundo sin más preocupación que la de abrir los ojos, mirar y recoger impresiones, tiene que haber apreciado en toda su injusticia la falsedad de aquellos intérpretes de la historia, Enciclopedistas del siglo XVIII, autores de la historia romántica del siglo XIX, Michelet y otros, que hasta nuestros días, no han sabido desprenderse de sus preferencias en homenaje a la verdad histórica y apreciar los hechos y las costumbres de los hombres que vivían en aquellos siglos, con el criterio y las ideas de aquellos y no con los prejuicios de nuestro tiempo.

La Historia dice el autor de la "Cité Antique" Fustel de Coulanges, tiene por verdadero fin el estudio no solamente de los hechos materiales y de las instituciones, sino también del alma humana y de lo que ella pensó y creyó.

Será sin duda la mejor prueba de la falsedad de tantas acusaciones el estudio del reinado de Luis IX Rey de Francia, bajo el cual este país constituyó tal vez por única vez en la

historia del mundo, un estado cristiano integral bajo el cetro de un héroe del ideal cristiano: San Luis.

Francia era al principiarse el siglo XIII la nación más floreciente de toda Europa, cuando su vecina España gemía aún bajo la dominación morisca, cuando Alemania y los países Escandinavos, sin hablar de Rusia y de Polonia, iban recién saliendo de la más profunda barbarie. Inglaterra conquistada por los Normandos vivía bajo la influencia de las costumbres y civilización francesa e Italia yacía aún aplastada bajo las ruinas de su glorioso pasado.

Hablar de San Luis, Rey de Francia, es por consiguiente tratar del soberano más influyente del país que hacía cabeza de la civilización en el siglo XIII.



Luis IX nació de la raza de los Capetos en Poissy, cerca de París, donde aún se conserva la Iglesia y la pila que sirvió a su bautismo el 25 de Abril de 1214, siendo hijo de Luis VIII y de la Reina Blanca de Castilla. Su vida desde su más tierna edad fué la de un santo. "Dios — dice el señor de Joinville, su amigo e historiador — lo guardó por la buena formación de su madre, que supo enseñarle a creer en El y a quererlo, reuniendo en su derredor gente de religión. Ella misma le hacía siendo niño muy tierno rezar las horas canónicas y oír los sermones en los días de fiesta.

Uno de estos cronistas, dice que parecía no vivir sino por Dios, seguía en su capilla el oficio, oía cada día dos y a veces hasta cuatro misas y como los grandes de su corte murmuraron al verlo consagrar tanto tiempo a ejercicios de piedad, le contestaba que sin duda nadie observaría cosa alguna si lo gastara en el juego o en cacerías.

Sin duda este modo de educación no es el que está en boga hoy día, para los jefes de nación, pero dice Mr. H. Wallon, que en su fidelidad a las lecciones de su primera edad, es menester buscar las causas de sus virtudes privadas y la regla de su conducta que hizo de él un gran Rey.

Fué de tal modo puro en sus costumbres, que, fiel a la regla de vida que le diera su madre la enérgica reina doña Blanca, que prefería verlo muerto que cometer un sólo pecado mortal, murió, según lo declaró su confesor, sin que jamás hubiese cometido una falta que pudiese comprometer su salvación.

No es por cierto mi objeto seguir paso a paso al buen Rey Luis a lo largo de los 44 años de su reinado, como tampoco relatar las batallas, las Cruzadas, y múltiples hechos de armas de su vida de guerrero, lo que nos llevaría muy lejos, sino

presentar el retrato moral de un santo que fué un rey, y de un rey que fué un santo y un esbozo del estado en que se encontró la monarquía francesa bajo el cetro de un soberano adornado con la aureola de la santidad.

Los múltiples autores, sus contemporáneos, Joinville, Guillermo de Nangis, el Confesor de la Reina Margarita, y otros han multiplicado en sus crónicas las anécdotas, frescas como aquellas miniaturas, en fondo de oro, que parecen pintadas de ayer y enriquecen los manuscritos de la época, ayudándonos a conocer en sus menores detalles la vida del Rey Luis.

Tan severa había sido la educación que le diera a su hijo la austera señora hija de Alonso IX Rey de Castilla, que su preceptor solía castigarlo a latigazos, cuando Luis tenía ya 15 años y era Rey

Leía y meditaba las escrituras y para calcular el tiempo que debía durar su meditación, mandaba encender un velón de tres pies, entregándose a la lectura hasta que fuese consumido.

Al terminar el día después del rezo de completas, cuando su capellán se retiraba a descansar se ponía a orar hasta el punto de molestar y fatigar a la gente de su Corte que tenía, por su oficio, obligación de esperarlo.

Era la vida de un monje austero.

Otro de sus historiadores: "El Monje Anónimo de San Dionisio", asegura que cuando cumplió los 20 años abandonó toda entretención, los perros, los halcones, y los vestidos lujosos.

Sin embargo aún existen las cuentas de los gastos de su casa, y el año de 1239, es decir cuando tenía 25 años, los gastos de su vestuario subían de 461 libras y 10 sueldos, o sea algo como 300.000 francos de la moneda francesa actual, lo que parece más digno de las obligaciones de estado de un soberano de aquellos tiempos. La reforma de su modo de vestir parece haberse efectuado al iniciarse la Cruzada, cuando revistió el hábito del peregrino, la capa y el bordón.

A ese propósito solía repetir: "Que el vestir debía ser de modo que los hombres de edad madura no pudiesen argüir que "era demasiado", ni los jóvenes que "no era suficiente".

Su hermana canonizada por el Papa León X, Isabel de Francia, que había vestido el pardo hábito de las monjas Clarisas y fundado la Abadía de Longchamps — ahí mismo donde se corren hoy las carreras de caballos — regaló a su real hermano ciertas cajitas de marfíl que contenían unas pequeñas cadenas de hierro, para que le sirviesen de cilicio, rogándole que se disciplinara a menudo, tanto por sus propios pecados como por los de su "pobrecito padre", y lo hacía con tanta energía uno de sus confesores encargado de administrar-

le la disciplina, que su piel, que era extremadamente fina, solía romperse y quedar muy maltratada. Años después, lo contó el santo Rey a sus amigos, riendo con ellos.

Sería sin duda engorroso aunque edificante, acumular las anécdotas sobre su vida, testimonios de un alma fuerte que aprende a dominarse sometiendo sus sentidos al más duro de los yugos, mas antes de pasar al estudio de su tiempo, séame permitido agregar algunas pinceladas complementarias al retrato esbozado.



La fe de Luis era inmensa, en su alma brotaba el perfume de las virtudes más exquisitas: “Existía en él como una fuerza divina que devolvía la paz a los espíritus más perturbados y edificaba a los más santos”.

Sobre el deber de creer lo que no se vé, le contó el Rey Luis a su futuro biógrafo Joinville, a propósito de su creencia en la presencia real eucarística, esta anécdota que reflejaba su modo de pensar y de creer: “Cierta día el Rey Luis (Dios lo tenga en su reino) me comunicó esta alta palabra que el Conde de Monforte, que fué el padre de la señora de Nesle, había dicho a los Albigenses: los del país habían venido a él para convidarlo a ver el cuerpo de Nuestro Señor que había aparecido en una hostia en carne y sangre. Entonces dijo: vayan ustedes a verlo, los que no lo crean, pues, por mi fe, lo creo bien bajo el pan y bajo el vino, como nos lo enseña la Santa Iglesia, y como insistieran diciendo ¿qué perdía al irlo a constatar?, contestó que si lo viera, cara a cara, y viniese por eso a creer, ningún mérito tendría, al contrario de lo que merecería su creencia en Dios solamente por su santa enseñanza. Así pensaba el buen Rey Luis”.

La modestia no era una de las virtudes preferidas de los soberanos de aquellos siglos de fuertes pasiones. Y el Rey Luis fué un humilde. Una mujer exclamó cierto día al verlo pasar, pues ya existían anticlericales: “¿Qué vergüenza! ¿Cómo puedes ser Rey de Francia? Mejor sería que otro lo fuese pues tú no eres sino uno de la tropa de los hermanos menores o predicadores, de los sacerdotes y clérigos. ¡Qué lástima que seas Rey, y que no te lancen fuera del reino!” Como querían alejarla y golpearla, el Rey se opuso a ello, la hizo acercarse, y después de oírla detenidamente, le contestó sonriendo: “Por cierto dices la verdad no soy digno de ser Rey y si Nuestro Señor lo hubiese querido así sería mejor que otro estuviese en mi lugar y que gobernara mejor el reino”. Y le hizo dar dinero.

Ya se solía entonces tildar de “beatos” y de fariseos y

aún de "raza hipócrita" a los que, según la opinión de algunos, invadían el consejo real tomando el sitio que habían ocupado los Naymes de Baviera, los sabios consejeros y valientes caballeros vestidos de hierro, los que se quejaban de haber sido reemplazados por cogullas grises o negras.

Sin embargo San Luis menos que ninguno merecía el reproche de ser un "papalardo" como decían entonces. Hemos visto que su piedad era alegre y amable. Después de comer prefería la conversación espiritual y jocosa a ciertas lecturas sabias y engorrosas, y decía: "No hay mejor lectura como chancear después de yantar".

Cierto día interpeló a su leal senescal, el señor de Joinville, en presencia del famoso Roberto de Sorbón, su capellán y confesor — el que dió su nombre a un colegio que él fundara y que es hoy la Sorbona: — "¿Qué vale más, le dijo, mi senescal, de hombre bueno (prud'homme) o de devoto?"

El senescal manifestó su preferencia por el hombre honesto y caballeroso, y Roberto Sorbón al contrario por el devoto. Entonces dijo el Rey: "Maese Roberto, ya quisiera yo tener derecho al apodo de hombre bueno y serlo, abandonando lo demás, pues hombría de bien es tan grande y buena cosa que sólo al pronunciar esa palabra se me llena la boca".

Los ejemplos de su mortificación y de su caridad para el prójimo son numerosos pero, no pueden compararse con los que ilustraban los días que pasaba, cuando las obligaciones del gobierno se lo permitían, en la Abadía de Royaumont que él fundara para los monjes del Cister, en el vecindario de la capital.

Ahí vivía entre otros un monje separado de los demás por ser leproso, uno de aquellos desgraciados excomulgados de la vida civil, muertos vivos, que por temor al contagio eran apartados del comercio de los demás. Cuando el Rey iba al monasterio se arrodillaba ante él y le exhortaba a soportar su terrible enfermedad por el amor de Dios. Su aspecto era asqueroso y repugnante: no tenía ojos, le faltaba la nariz, y los miembros se le iban cayendo de a pedazos. Cierta día que estaba rodeado por grandes señores, el Conde de Flandes y otros, le preguntó como se sentía, y si quería comer algún pollo o perdíz, ya que en los conventos de regla más austera era permitido a los religiosos enfermos sustentarse de carne. Se pudo asistir entonces a esta inolvidable escena muchas veces reproducida por los pintores de manuscritos, del gran Rey arrodillado despresando una perdíz, echándole sal, y presentándola al enfermo.

Después de darle de beber, al retirarse, le pidió rogase a Nuestro Señor por él.

Otra vez en día de Viernes Santo como visitase las igle-

sias descalzo, y repartiendo limosnas encontró a un leproso en el camino, se acercó a él y le besó la mano, y las buenas gentes espectadoras de este acto de mortificación se persignaban, y repetían: “ved lo que hizo el Rey: le besó la mano a un leproso”.

Los reyes de entonces eran también los justicieros de su pueblo. Como tal se le solía ver, en verano, recibiendo en audiencia, a los que lo deseaban, en el jardín del Palacio Real, vestido sencillamente de justillo o jubón de chamelote y de cota de tirtaña sin mangás. Sobre sus hombros llevaba capa de tafetán negro, iba bien peinado y sin cofia, y cubría su cabellera rubia con sombrero de pavo real blanco. Hacía extender una alfombra en el suelo donde se sentaba con su Corte, y el pueblo lo rodeaba respetuosamente, tal como lo solía hacer bajo la famosa encina del bosque de Vincennes. No había guardia ni etiqueta, pues el amor y la veneración de sus sujetos lo defendían suficientemente. Tenía un corazón lleno de amor y de ternura.

Al partir para la Cruzada contra los infieles, la Reina y los hermanos del Rey junto con las comunidades y el pueblo en masa, lo acompañaron hasta los afueras de París, y como lleno de emoción le dijera a su madre: “Bella muy dulce madre, por la obediencia que me debéis, vuelva Usía a su casa”, ella, la Reina Blanca como azucena, le contestó entre sollozos: “Bello y muy dulce hijo, cómo podré soportar estar separado de vos, que habéis sido el mejor hijo que jamás tuvo madre”. Y como cayera al suelo sin conocimiento, el hijo recogió a su madre, y tomándola en sus brazos la besó sollozando. No debía volver a verla en este mundo...

Ya conocemos la estructura moral del Santo Rey. Joinville en aquella crónica que escribió en la lengua aún en sus pañales pero tan gentil y sabrosa, que constituye uno de los monumentos más preciados de la literatura francesa, nos esboza también el retrato físico de Luis IX al partir para la Cruzada, en que debía perder la vida, y dice que “jamás hubo hombre tan hermoso armado, pues era más alto que todos los demás de una cabeza, y llevaba una espada de Alemania en la mano”.

No faltará quien piense, como algunos contemporáneos de Luis, que éste hiciera mejor de monje que no de buen Rey, sin embargo ahí están los hechos y la historia, que lo pintan como el mejor soberano, que supo hacer grande a su país y feliz a su pueblo, por las buenas instituciones con que supo rodearlos.

Se ha definido el gobierno de la Francia de entonces, como una república aristocrática gobernada por instituciones jurídicas bajo la dirección de un magistrado supremo: el Rey.

Sebastián Mercier, miembro de la Convención y escritor revolucionario, confesaba que nada hay más libre que un país sometido a una monarquía culta, y agregaba como profetizando lo que en ciertos países podemos ver en la actualidad, que: el poder ha pasado a las manos de los que tienen interés en acabar con él.

Desde aquel entonces efectivamente, principió la decadencia.

¡Cuántas modificaciones! ¿Habrá salido ganando la humanidad, se habrá mejorado la situación de las clases necesitadas? ¡Es de dudarle mucho!

* * *

Los Filósofos han sembrado, por medio de sus obras, la utopía teórica e impracticable, y ésta se lanzó hacia la demolición de la civilización y del principio de autoridad, todo esto para llegar a la triste confesión de uno de ellos: "Ya no queda sino volver a las selvas para andar en cuatro patas", y es Voltaire quien lo ha dicho.

En el siglo que siguió al de San Luis, ya pronosticaba la "Biblia Guyot" que el mundo iba en decadencia y que ya se notaban los primeros síntomas.

"¿Qué se hizo, decía el autor, el Emperador Fadrigue, el Rey Enrique de Alemania, y aquel Luis, Rey de Francia, del cual yo sé que quiso a Dios y fué amado por El?"

Las mujeres para complacer a sus amigos, dice el "Libro de las Maneras" no olvidan los cosméticos, y el de cordero, grasa de perro y pasta de cal viva con orpimento, pasan pintándose de blanco y de rosa, la caja de afeites embellece las feas. Esto agrega el autor: "¡para adornar un cuerpo condenado a la podredumbre y a los gusanos!..." Cuando la buena mujer debe ser lo que la finada Condesa de Hereford, en el tiempo pasado, "ocupada en hacer el bien, en adornar altares, hospedar a los pobres, hilar a la rueca, bordar ornamentos de iglesia. Ella amaba lealmente a su esposo y todas la veneraban".

Pero estamos en el siglo de San Luis, cuya civilización vamos a estudiar en un corto resumen. Este estudio, es por sí mismo, una magnífica apología de la Iglesia.

He creído necesario insistir sobre la persona y las virtudes del hombre antes de explicar las instituciones establecidas por el Rey, pues como dijo el Eclesiastés: "Qualis est rector civitatis, tales sunt habitantes in ea". Tal como es el jefe del pueblo, tales los que habitan en él.

* * *

A la sombra del Palacio Real de París, del cual existen aún varias salas abovedadas en el recinto de las Cortes de Justicia, y algunas torres redondas a orillas del Sena, se levanta una maravillosa joya del estilo ogival que sigue recordando en el París escéptico de hoy, la fe y la piedad del Rey Luis. Es la Santa Capilla.

Finísima, irguiendo su flecha aguda hacia el cielo, adornada exteriormente de todas las galas más delicadas del estilo gótico propio del siglo XIII que fué su apogeo, es interiormente una maravilla bañada de colores que parecen reflejos de pedrerías en fusión, que bajan de sus vidrieras siete veces seculares.

San Luis la mandó edificar para relicario grandioso de aquellos inapreciables recuerdos de la Pasión de Cristo que había adquirido del Emperador Bizantino necesitado de dinero para sus guerras contra Bulgaria. Eran varias e importantes parcelas de la Vera Cruz del Palacio Imperial de los Blaquernes, y la Cruz de la Victoria que Santa Elena madre de Constantino mandara labrar para que su hijo el Emperador la llevara consigo a la guerra.

Pero más venerada reliquia aún era la Corona de Espinas de Cristo, conocida desde los primeros siglos del cristianismo, y como tal preciosamente conservada por los Emperadores de Bizancio.

La constituía un rollo de junco, alrededor del cual se enrollaban las espigas del "Zyzyphus" spina Christi, arbusto muy común en Palestina, formando como una red o casquete, que hería cruelmente las sienes y la parte superior de la cabeza.

En varias iglesias de Europa existen, conservadas desde los primeros tiempos, hasta 103 espigas de Zyzyphus de la Santa Corona. El rollo de junco desprovisto de espigas, se conserva hoy en París desde los tiempos de San Luis, pero desde la Revolución en la Catedral de Notre Dame, donde fué trasladada al devolver Napoleón la paz a la Iglesia.

Había sido protegida milagrosamente de la destrucción, en 1793, cuando los Comisarios de la Comuna de París al incautarse de las riquezas de la Iglesia — incautar es sinónimo de robar y de saquear — fué arrancada del maravilloso relicario de oro en que la había colocado la piedad del Rey Luis. Un sabio que presenciaba por casualidad la operación, solicitó le fuese concedida la Corona de espigas como curiosidad vegetal y fué conservada como tal, y hasta 1804 en una vidriera de la Biblioteca Nacional de París.

Al que visita después de siete siglos esa maravillosa obra

de arte de la Sainte-Chapelle reconocida por todos como la construcción maestra del estilo, parece que va a aparecer en la luz ultraterrena que la baña la figura del Santo Rey: larga y fina “subtilis et gracilis convenienter et longus”, sereno, lleno de sencillez y de amor por su pueblo. Luis, efectivamente, se consideraba como el teniente de Dios en el reino de Francia, a tal punto que todos sus decretos, actas o escritos principian siempre con la invocación: “In nomine Sancte et individue Trinitatis” (1) en el nombre de la Santa Trinidad...

Hasta en sus monedas de oro donde aparece sentado y coronado, cetro en mano, en un fondo de flores de lís hay el lema: “Christus vincit, Christus reignat, Christus imperat”, Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

Absoluta en derecho, su monarquía era sin embargo muy templada de hecho, y no se parangonaba en lo más mínimo con aquella tiranía moderna del Estado-Dios fuente de todos los derechos, regla del bien y del mal, de lo cierto y de lo falso, de nuestros modernos jacobinos que la han renovado de la antigüedad pagana.

En aquel tiempo en que Rey y pueblo se prosternaban ambos ante la voluntad de Dios, el Soberano respetaba los derechos y la libertad del pueblo como instituídos por el Creador, de modo que Montesquieu pudo decir: “La libertad civil del pueblo, las prerrogativas de la nobleza y del clero, la omnipotencia del Rey se encontraban en tal concierto que no creo que jamás haya habido gobierno más temperado” (L. IX c. 8 del Espíritu de las Leyes).

Varias frases de nuestro héroe nos dan a conocer su modo de concebir el buen gobierno:

Así, San Luis le decía a su hijo, que fué su sucesor con el nombre de Luis X: “Preferiría ver a un escocés llegar de Escocia y gobernar el reino bien y lealmente que si tú vinieras a gobernarlo mal”, y agregaba en sus enseñanzas al mismo: “Querido hijo si llegaras a reinar, y se presentara ante tí alguna querrela entre rico y pobre, debes sostener más al pobre que al rico”... ¡Hermoso principio que hubiese modificado tantas cosas, al haber sido observado por sus sucesores con verdadero deseo de aplicar los mandatos del Evangelio!

Estos fueron siempre la norma de su gobierno, de modo que para la elección de sus grandes oficiales exigía de los candidatos, a más del conocimiento de los negocios, el temor de Dios.

(1) La ortografía latina aquí indicada es la que usaban dichos documentos.

El Senescal Joinville, dice en su crónica que el Rey otorgó el cargo de Condestable de Francia, esto es, de Jefe de los Ejércitos, a Monseñor Gil Le Brun "porque tenía gran fama de creer en Dios y de amarlo".

Por lo contrario, separó de su puesto al Bailío de Briuda porque daba el ejemplo de malas costumbres privadas, siendo casado.

Mr. Boutaric que estudió detenidamente los expedientes de procedimiento en las causas antedichas, que existen en el Archivo Nacional de París, se declara admirado del sumo cuidado con que se efectuaban las encuestas adelantándose siempre a las quejas del pueblo, y con qué justicia aquellos representantes del Soberano solían pronunciarse, ora contra el Rey, ora contra sus oficiales y representantes, cuando así lo pedía la justicia de la causa.

Se ha acusado a Luis IX de aceptar la intromisión exagerada de la Iglesia en los negocios del Estado. En sus enseñanzas a su hijo, el Rey expone su modo de pensar sobre el particular y narra la siguiente anécdota: "Te quiero recordar hijo mío, una palabra que mi abuelo el Rey Felipe — (Felipe Augusto que reinó de 1180 a 1223) — dijo una vez: Se encontraba en su Consejo privado, estaba presente el que me lo relató, y los asistentes le decían que los clérigos le hacían muchas injurias, y que muchos eran los que se extrañaban que las soportase. Entonces el Rey Felipe contestó de esta manera: Ya lo creo que me hacen bastante injuria, pero cuando yo pienso en los muchos honores que el Señor me ha brindado, prefiero sufrir mi daño que entrar en discordia contra Santa Madre Iglesia". Sin embargo esto no impedía que Luis IX supiese defender, al presentarse el caso, con firmeza aún contra el Papa y los Obispos, los derechos del poder civil.

Joubert en sus Pensamientos declaró con razón que vivíamos en un siglo en que las ideas supérfluas abundan, y que carece de ideas generales. Los contemporáneos de San Luis poseían esas ideas necesarias para nosotros cristianos: la verdad sobre Dios, el alma y su destino, y el camino que el hombre debe seguir para merecer la otra vida. En ninguna escuela, en curso alguno de la enseñanza primaria o de la secundaria sentaban sus reales profesores del error.

El Canon 18 del tercer Concilio de Letrán velaba a que los pobres no quedasen privados de educación y de la enseñanza de las letras y de las ciencias. Cada Iglesia Catedral estaba obligada a mantener a su expensa los estudiantes pobres, eso sí que el programa no era tan cargado como el de nuestras escuelas actuales.

A los niños se les enseñaba en lengua vulgar las oraciones, el respeto que debían a sus padres, el horror a la impu-

reza, y se esforzaba el maestro a colocar a sus alumnos en estado de seguir sus estudios en las Universidades.

No existía, factor importante para la tranquilidad de un país, aquella casta, tan numerosa hoy día de bachilleres que llenan sin provecho para nadie nuestro mundo actual y le son tan nocivos pues, “si la ciencia verdadera acerca a Dios, — allí está Pasteur para probarlo — la media ciencia aleja de El”.

De aquellos mestizos de letras habla Montaigne, y los acusa de “haber desdeñado el primer punto de la ignorancia de las letras sin haber alcanzado el segundo — sentados entre dos sillas — los cuales son peligrosos ineptos importunos y perturbadores del mundo”.

En cuanto a las mujeres en esos tiempos sencillos pero prácticos, les bastaba con saber hilar y coser “pues los pobres lo necesitarán — dice Felipe de Navarra en sus “Cuatro tiempos del Hombre” — y las ricas conocerán mejor la obra de los demás”. “A la mujer,—agrega aquel autor,—no se le debe enseñar las letras, ni escribir, a menos que sea especialmente para ser monja”. Teoría inaceptable hoy día en que las necesidades son iguales para unos y otros, pero que tenía la ventaja de mantenerlas en casa, a lo que se aplica, uno de los más modernos mandatarios de la Europa. Sin embargo, cuando eran nobles, se les enseñaba también ciertas artes de agrado: a recitar los poemas de caballería de Ogier el Danés y Reinaldo de Montaban, el arte de tocar el arpa y la viola, algo también de astrología y de halconería, la ciencia de los dados y del ajedrez — el bridge de aquellos tiempos — y algunos conocimientos médicos para estar en estado de curar a los caballeros heridos en un torneo o en un combate. Cierto es que en las escuelas del siglo XIII no se les hablaba a las niñas, de ciertos ramos más o menos escandalosos que nos aseguran ser indispensables...

La instrucción de los hombres era más completa en Francia considerada como “el horno en el cual se cocía el pan intelectual del mundo entero”. Los consejos que se les daba a los estudiantes no dejaban de ser prácticos. Se les decía que para adquirir la instrucción “era menester rezar, abstenerse de placeres, y no preocuparse de cuidados materiales. Se les recomendaba la meditación la que no solamente conviene al maestro. El buen estudiante, debe ir a paseos por las tardes, a orillas del Sena, no para jugar, sino para repetir y meditar su lección”.

No por eso eran menos distinguidos los alumnos que egresaban de aquellas aulas medioevales. Bástanos citar algunos que alcanzaron a ser los profesores de su tiempo: Alejandro de Hales el “doctor irrefragibilis”, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, San Buenaventura y Rogerio Bacón que

se distinguió especialmente en el estudio de las ciencias y de las lenguas. Conocía a fondo la lengua caldea, el árabe, el hebreo, el griego y naturalmente el latín, el francés y el inglés. Aún existe en París una calle de la Paja, "la rue du Fouarre" donde se levantaba la cátedra de San Alberto el Grande, Maese Alberto como lo solían llamar sus alumnos, que seguían el curso sentados, en una cama de paja de trigo.

La lectura de los clásicos era más general en el siglo de San Luis que hoy día. Se comentaba a Cicerón, a Terencio, a Salustio, Virgilio, Horacio, Ovidio y muchos otros que los alumnos estudiaban en el texto y la lengua original.

La astronomía tuvo por profesor de mérito a un inglés, que llevaba, para un curso donde tienen tanto que ver con las estrellas, un nombre que me atrevería en llamar predestinado, ya que aquel se llamaba en latín Johannes de Bosco, en la lengua materna, — ¡hablemos de coincidencia! — !John Hollywood!

Había mujeres abogados — ¡no hay nada nuevo bajo el sol! — pero no para ganar salario, lo que era reservado a los hombres, sino en beneficio propio o de sus esposos si fueran casadas.

Los Establecimientos de San Luis estipulaban que las razones para destruir la parte contraria, debían ser presentadas por el abogado con cortesía, sin expresión de villanía sea por la palabra, sea en los hechos o los dichos.

El fabulista La Fontaine declaró, cierto día, "que ya que se alega y que también se muere, es menester de médicos, como es menester de abogados..."

Los maestros de medicina, dice Juan de Jeandun, "se muestran en gran número caminando por las calles vestidos preciosamente, cubiertos del bonete doctoral. Aquellos príncipes de la ciencia, por su fineza y sagacidad estirpan las enfermedades, por medio de remedios eficaces probados y apropiados. Apartando de los enfermos las penas y los terrores de la muerte es para ellos un deber emplearse, con la ayuda de Dios, a conservar la felicidad de la vida y hacerles apreciar nuevamente los consuelos de la existencia".

En el siglo XIII, los médicos — tal vez a causa del secreto profesional — pertenecían en cierto modo a la clerecía, estaban obligados a guardar el celibato. "Cuando seas llamado cerca de un doliente ¡oh médico! — dice un poema médico del siglo XIII — debes solicitar el socorro de Aquel que todo lo gobierna, a fin de que el Angel del Señor que acompañó a Tobías, dirija tus intenciones, tus actos y tus pasos". Debe preguntar al entrar al aposento del enfermo: "si se ha confesado, y si ha recibido el Cuerpo de Cristo, primera causa de salvación".

Michelet, a pesar de su incredulidad, decía: “la medicina de hoy cuida el cuerpo sin buscar el mal moral”. La Edad Media hacía lo contrario. Sin duda no conocía siempre los remedios materiales, pero sabía a mil maravillas, apaciguar y convencer al enfermo y prepararlo hacia la mejoría... A pesar del materialismo imperante, muchos de nuestros cirujanos chilenos — y no de los menos capaces, — hombres de fe, nunca principiaron una operación, sin pedir la ayuda del Soberano Creador, en el silencio de su corazón, ¡pero desgraciadamente tal vez sean los menos!...

La Noche de la Edad Media amaba y veneraba a los libros: “¡Oh que torrente de alegría ha inundado mi corazón, — exclamaba Ricardo de Bury, en su *Philobiblion*, escrito en el siglo de San Luis — cada vez que he podido visitar a París aquel paraíso del mundo! Allí bibliotecas más dulces que cualquier perfume, allí vergeles donde florecen innumerables libros, allí nuestros tesoros abiertos, los cordones de nuestra bolsa soltados, nos sentimos felices de derrochar el dinero, como si aquellas inapreciables obras no nos costaran sino un poco de arena y de polvo. Cuando se trata de la verdad — agregaba — haga lo que aconsejaba Salomón: ¡compre siempre, no venda!”

Los libros eran raros y caros, antes de la invención de la imprenta. Tal vez tenía aquella escasez sus ventajas pues evitaba el abuso que condenaba Montaigne. “No estudiamos, — escribía este gran literato y filósofo francés del Renacimiento — sino para llenar nuestra memoria, dejando vacíos nuestro entendimiento y nuestra conciencia. Así como los pajaritos que van a veces en busca de grano llevándolo en su pico, sin probarlo, para alimentar a sus pequeñuelos, así nuestros pedantes van jugando a la pelota con la ciencia de sus libros, alojándolos en la punta de los labios para expectorarla y lanzarla al viento”.

Los sabios del siglo XIII partían a la conquista de la Verdad, con el arma de la razón ilustrada, dirigida y fortificada por la Fe, evitando lo que criticó el Dante en su *Paraíso*: “de alejarse de la orilla para pescar la verdad, ignorando el arte de poseerla, como aquellos filósofos Parmenides y otros, que iban, sin saber donde iban”.

Nos vanagloriamos, no sin razón, a veces, de los grandes progresos del mundo moderno, sin acordarnos que muchos de ellos tuvieron su principio en aquella noche de la Edad Media tan vituperada. El mayor invento, sin duda, en otra noche de los tiempos, ¿no fué el invento del fuego? Aún mayor a mi juicio que el de la radio o de la electricidad.

En el siglo de San Luis, Rogerio Bacón, describe ya los efectos de la mezcla del salitre, del carbón y del azufre, que

dice, "suficiente para destruir un ejército, una ciudad entera, en medio de un ruido terrible acompañado por una luz intensa". La pólvora que debía tener por primera aplicación el "fuego volante" que tanto asustaba a los Cruzados cuando lo lanzaban los Sarracenos contra ellos: "parecía, según dicen las crónicas de la época, un dragón que volaba por los aires".

Rogero Bacón, fraile franciscano, estudiando los fenómenos de la refracción de la luz sobre las superficies planas, cóncavas y convexas en un medio denso y esférico agrandando las imágenes, preparó la invención de los lentes y del telescopio. Prototipo y antecesor de Julio Vernes y de nuestros modernos inventores, siete siglos antes que ellos, Fray Rogero Bacón que vivió en el siglo de San Luis, adivinó nuestros submarinos, nuestros automóviles y hasta nuestros aviones. Habla efectivamente en sus escritos de los navíos que caminarán sin el socorro de velas ni de remos, de carruajes que rodarán sin caballos y de máquinas que se elevarán en el aire.

A los sabios de la Edad Media no se les puede con justicia reprochar los errores y las faltas de sus conocimientos, como tampoco a nuestros contemporáneos, la ignorancia de lo que se descubra en mil años más.

El mismo Rey, entre tantos otros méritos, tuvo el de favorecer el progreso de las ciencias por su ejemplo. Se le veía encerrarse en el intervalo de los oficios y de los negocios del Estado, en una sala vecina de la Santa Capilla donde tuvo la gloria de fundar la primera Biblioteca Pública de Francia, y tal vez de Europa. Había juntado allí gran número de manuscritos antiguos o copiados en las abadías, y su deseo era que los pudiesen consultar los sabios, los profesores y aún los estudiantes.

Para una edad tan llena de tinieblas, como es común que pinten a la Edad Media, los sabios de quienes he hablado ya y el arte maravilloso que ha dejado obras estupendas a nuestra admiración, son la mejor prueba de la falsedad de aquellas acusaciones. Mucho podríamos y deberíamos decir sobre el esplendor de las catedrales, sobre las maravillas de sus vitraux aún tan frescas y enteras como el primer día después de veinte generaciones desaparecidas que han pagado su deuda a la Parca, sobre las deliciosas miniaturas de sus manuscritos que parecen pintadas de ayer.

Quisiera poder extenderme sobre las bellezas arquitectónicas que nos ha dejado el siglo XIII y que aún se contemplan en todo su esplendor.

A pesar de mi deseo de no alargar este estudio, siendo obras del siglo XIII las más bellas Catedrales de Francia:

Reims, Amiens, París y centenares de otras, no puedo pasarlas aquí en silencio.

La Catedral era un texto de piedra que era menester comprender, las esculturas de las fachadas eran calendarios populares, el templo por sí mismo una traducción del antiguo y del nuevo Testamento, de las Escrituras y aún de los Evangelios apócrifos, que relatan episodios no comprobados de la vida de la Virgen y de la Santa Familia.

La Catedral es una inmensa enciclopedia de la ciencia religiosa: "Speculum Universale". Ahí se leen grabados en la piedra los conocimientos de la Cosmogonia, y hasta un catecismo industrial de los trabajos del campo y de los negocios de la ciudad, es como un manual de las artes liberales. Se ha dicho que las esculturas de Nuestra Señora de Chartres, tal vez el modelo en su género, ya que la Sainte-Chapelle de San Luis, aunque joya, no es sino una capilla, eran la escultura de un alma y lo mejor que haya nacido del pensamiento cristiano. Se sabe que los albañiles y escultores de estas maravillas no trabajaban sino al hallarse en estado de gracia, y se exigió la pureza hasta de los más modestos aprendices. Cuando se construyó Nuestra Señora de Chartres, monumento sublime y único, perla y rubí del estilo ogival, aquello fué extraordinario, dice Huysmans, verdadera cruzada "para forzar a N. S. en sus trincheras, librar asalto al cielo, vencerlo por el amor y la penitencia, el cielo se confesó vencido y los ángeles sonrientes se entregaron".

Al conocer la noticia del incendio de la venerable iglesia relicario de la antiquísima "Virgo Paritura" de los druidas, esculpida según la leyenda, por ellos, en un tronco de árbol, las poblaciones suspenden sus labores, los ricos traen su dinero, ayudan a los pobres a arrastrar las carretas que cargan aceite, trigo, vino, madera y cal, todo lo que sirve para alimentar a los obreros y para construir el templo. Los caminos estaban obstruidos por los peregrinos acarreando árboles enteros, a veces desde el fondo de sus lejanas provincias, empujando coches de enfermos y de inválidos que constituían la falange sagrada, los veteranos del dolor que ayudaban al bloqueo de la Jerusalén celeste, aquella imagen dolorosa de la Iglesia doliente aportaba sus preces y el sacrificio de sus sufrimientos.

El campamento se extendía cubriendo leguas a la redonda, y como se encendían cirios en los cerros, fué cada noche un campo de estrellas en las planicies de Francia".

En pocos días, dicen los documentos, aquellas turbas donde los campesinos iban mezclados con los grandes señores, las mujeres, los siervos, los gañanes, los caballeros, los

monjes, los jueces, y los pecheros, se disciplinaron de tal manera, que se aplanaron las distancias aboliendo el amor divino a las castas.

Los señores se enganchaban a las varas de las carretas junto con sus siervos, mientras las damas con las villanas, preparaban el mortero, y los cillereros de los claustros cuidaban de la repartición de los víveres, y de los enfermos. Masas compactas de mil hombres, arrastraban inmensos blocs de piedras desde el fondo de las canteras, por el esfuerzo de sus brazos, hasta la cumbre de la colina donde hoy se alza dominando la inmensa planicie de la Beauce, la soberbia basílica de N. S. de Chartres. Cuando iban a descansar, bajo las carretas o de las carpas, se alzaba el canto de los salmos y entonces, dice la crónica, Jesús vencido por tanto amor entregó a su madre su cetro y por todas partes los milagros estallaron.

Sin duda no podía presentarse aquí un cuadro más impresionante de la fe de una época.

Quisiera poder extenderme sobre la organización corporativa que San Luis, por obra de su Proboste Etienne Boileau, organizó y reglamentó en su "Libro de las Profesiones" (*Le Livre des Métiers*). La cuestión obrera y social tan amenazante en nuestros días, estaba ya resuelta en aquellos siglos.

Se habla de paro dominical y de sábado inglés. Ambas cosas existían en el reinado del buen Rey Luis. El paro, principiaba el sábado en la tarde. Las tiendas se cerraban pero se llenaban las iglesias, y no los hipódromos ni las tabernas. Los panaderos no hacían pan, y el día domingo no se oía en la ciudad sino la gran voz de las campanas, llamando al pueblo cristiano a las iglesias: "para su misa oír, y escuchar al hombre bueno que enseña la vía de verdad".

Los Judíos no tenían aún toda facilidad para enriquecerse a expensa del pueblo cristiano, pero la Iglesia respetaba su culto y su raza, y los protegía contra las violencias, de modo que el Papa Alejandro III prohibió que fueran confiscadas sus sinagogas. Sin embargo — y ahí está toda la teoría del anti-semitismo, que muchos católicos creen ser un ataque contra religión determinada y sus secuaces — el Rey defendía a sus súbditos contra los abusos de la usura acostumbrada por los hijos de Israel. Conservaban pues su libertad de comercio y de enseñanza como también su jurisdicción de tribunales especiales, pero no se les confiaba por cierto la educación de los niños cristianos, como tampoco grandes cargos del Estado. Hubiera sido, dice Bostié, con razón "introducir al enemigo en la plaza y el lobo en la ovejería".

La fe, lo hemos visto, se conservaba entera y a pesar de la violencia de las pasiones, sobrenadaba el arrepentimien-

to. Se aceptaba y aplicaba enteramente el Evangelio en sus preceptos y en sus enseñanzas.

Todos los cristianos eran practicantes. El día de la Resurrección, los sacerdotes acompañados por jóvenes clérigos vestidos de rojo, distribuían la S. Eucaristía que cada uno debía recibir por regla, en su parroquia. Pocos son los que se privaban del banquete eucarístico por falta de preparación o por condenable escrúpulo de humildad. La práctica de la misa cotidiana era universal, según León Gautier, el autor de "Los Chevalerie". San Luis la recomendaba a su hija en estos términos: "Hija querida, asistid gustosa al servicio de Santa Iglesia. Tened cuidado de distraeros y de decir palabras vanas. Decid vuestras oraciones en paz, de boca y de pensamiento, muy especialmente, al estar presente el cuerpo de Jesucristo en la misa".

El autor del "Ménager de París", hablaba así a su hija: "el primer artículo es saludar y darle gracias a N. S. y su bendita Madre al despertar y a hora de acostarse. El segundo es ir a la iglesia, escoger su colocación, portarse convenientemente y oír santa misa".

Deben ayunar mientras sean solteras tres veces por semana, para dominar mejor la carne, y por lo menos el viernes en honor de la Pasión de N. S. J. C. Y también ¡hermosas niñas! también es loable la costumbre de ayunar los sábados en honor de Nuestra Señora para que ella os conserve la virginidad". Las había, y numerosas que ayunaban con agua y pan, la víspera de todas las fiestas de la Virgen y el día sábado.

La fe cristiana se manifestaba en todas las actividades; era costumbre persignarse antes de emprender un viaje, antes de iniciar un combate y los juegos mismos.

Al empezar su trabajo el carpintero dando su primer golpe exclamaba: "Or i soit Deus". Aquí está Dios, y al encontrarse dos amigos en la calle se saludaban diciendo: "Amigo mío, Dios le dé buen día y feliz encuentro" o también "Señor, Dios lo bendiga a usted y a la compañía" lo que nos hace recordar el "¡Vaya usted con Dios!" que hemos tantas veces oído, de los labios populares, en la querida España de ayer.

Sainte-Beuve el crítico famoso y descreído, de principios del siglo pasado, no se equivocaba al escribir: "Se tenía fe en el Rey, y sobre todo en Dios. Se creía, no en general, de ese modo algo vago y abstracto en aquel plan lejano donde la pseudo-ciencia moderna la hace de día en día retroceder más y más, pero en continua intimidad como si Dios estuviese presente en las menores ocurrencias de la vida. El

cielo arriba, aparecía abierto, poblado de figuras vivas y de santos patronos atentos y complacientes!”

Hemos tratado de presentar aquí un resumen muy abreviado del estado de la enseñanza, del arte, de la justicia, de las corporaciones, de la vida de un país en el siglo XIII, de la fe imperante sin objeciones ni discrepancias, que constituyen la gloria del reinado de San Luis.

¡Cuánto más habría que decir para completar el cuadro de una época que como todo cuadro, tuvo naturalmente sus sombras, pero que desaparecen en la luminosidad del conjunto.

Sainte-Beuve, ha dicho con razón: “Nos complace representarnos desde tan lejos, aquella época como la edad de oro del “buen viejo tiempo” (del “bon vieux temps”). Si en alguna parte existió en el pasado, no hay duda que fué en el reinado de San Luis. “La perfección no es de este mundo, pero aquella época se acercó a ella, más que ninguna, y a la dulzura del vivir, tan mentada. Los franceses gozaron entonces de un bienestar suficiente, sin los progresos modernos, sin duda — ¿pero serán estos tan indispensables? — Si las fortunas eran mediocres, se gozaba de ellas tranquilamente, y los principios de orden y de paz aseguraban la felicidad de la sociedad y de las familias.

Louis Veuillot, ha, por su lado, resumido maravillosamente esa época, cuando dijo: “Ahí encontramos leyes perfectamente sabias, una administración vigilante, un gobierno ordenado, finanzas prósperas, letras cultivadas, ciencias honradas, la Justicia y la Virtud en el trono, y un pueblo que ama a su Rey. En aquel reinado en que todo estuvo en floreciente estado, sólo el mal era comprimido”.

¡Mas, los santos también mueren!

San Luis IX, Rey de Francia, se encontraba en Túnez en su última cruzada, que también la fué en la historia. En la noche que precedió su fallecimiento, se le oyó exclamar entre suspiros: “¡Oh Jerusalén! ¡Oh Jerusalén!... ¡Señor Dios pongo mi alma ante tus manos!”... Su último pensamiento con su última tristeza y su última plegaria.

“Pasó a santas flores de Paraíso — dice el viejo cronista — el día de San Bartolomé del año de gracia 1276, a las tres de la tarde, como Jesucristo Hijo de Dios, que sobre la cruz murió para la salvación del mundo a quien sea toda alabanza, honor y gloria, durante todos los siglos. Amén”.

EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO

LA MISION ACTUAL DE LA NEOESCOLASTICA ITALIANA

Manteniendo siempre la posición de vigía alerta, atento a todas las manifestaciones interesantes del pensamiento contemporáneo "L'Osservatore Romano" ha publicado un estudio compendioso acerca de las características que ha venido revistiendo desde siempre la filosofía italiana y de la misión que, en consonancia con ellas, le corresponde hoy en día a la corriente neo-escolástica que se desarrolla pujante en aquella gran nación.

"Fisonomía característica del pensamiento italiano — dice el articulista — ha sido siempre un profundo, sano y equilibrado realismo que hace violento contraste con las fantasmagorías sentimentales o las ideologías abstractas de otros países y regiones. El pensador de Italia se distingue de los demás por su honestidad humilde que lo lleva a penetrar en el misterio del universo, a acercarse a los elementos íntimos de las cosas que lo circundan; guiado por un sano optimismo y la segura convicción del valor espiritual de su intelecto, el filósofo italiano a lo largo de los siglos ha dado a la humanidad la más verdadera y más orgánica **Weltanschauung** de la historia y de la vida".

El más bello elogio, en verdad que puede hacerse de una obra, de un pensador. Con legítimo orgullo puede el articulista insistir en esta cualidad del sometimiento humilde a lo real como característica de la filosofía italiana. Fué esa humildad intelectual y científica — además de su humildad cristiana — la que permitió al italiano Tomás de Aquino levantar su prodigiosa síntesis filosófica teológica; la que permitió también a los italianos Tomás de Vío Cayetano y Francisco de Sales, tris penetrar tan hondamente en las profundidades luminosas del pensamiento tomista y la que ayudó a los italianos Cavetano Sanseverino, Luigi Taparelli d'Azeglio, Tomás María Zigliara y Mateo Liberatore a encontrar de nuevo la corriente bienhechora de la escolástica que se deslizaba oculta a través de los escombros acumulados por la filosofía moderna: la que ha guiado hoy día a los italianos Agustín Gemelli, Sebastián Talamo y Guisepe Zamboni a mantenerse en contacto con esa corriente y a conservarla en toda su límpida pureza primitiva.

Este sano realismo italiano es lo que ha impulsado a Francisco Orestano, académico italiano y notable pensador a plantearse para sí y para los demás el **problema del realismo**. Monseñor Olgiati acudió al llamado del eminente académico y se estableció un cortés y dignísimo cambio de ideas que recogido por el P. Gemelli originó un pequeño volumen titulado "**Realismo**", al cual el mismo P. Gemelli ante puso un prólogo muy atinado y penetrante. Volumen y prólogo han prestado ya notables servicios a la causa de la escolástica y más en general del realismo filosófico gracias a la posición adoptada por Monseñor Olgiati en ese delicadísimo problema.

"Para mí — escribe Olgiati — la base primera del realismo consiste en concebir la realidad en función del concepto del ente, o sea de **id quod est**... Tal concepto del ser implica una relación entre la esencia y el **actus essendi**: Este procedimiento tiene un valor: si algo significa el llamado que lanzo a mis amigos neo-escolásticos de reafirmar el concepto del **ens**, tal significado y tal valor residen en que no es posible a nuestros adversarios aceptar la definición del ser como de **id quod habet esse**, viéndose así reducidos a sustituirla con otros conceptos, cuyo único inconveniente es el de ser... inconcebibles y absurdos".

Cuando se oye semejante lenguaje dan tentaciones de creer que han vuelto los grandes siglos escolásticos, el XIII y el XVI. Ese es el que emplearon los grandes pensadores que, viviendo en épocas de robustez intelectual en que, por consiguiente, no se dudaba del valer de la inteligencia — sólo se duda del valer de aquello que se encuentra débil y desfalleciente — creían con optimismo en la realidad objetiva. Esa es la posición que deben mantener también los tomistas modernos para poder realizar una crítica fructífera de toda la especulación filosófica desde Descartes hasta nuestros días. El concepto del ente va a actuar en esta empresa como principio de unión y de vida.

El Tomismo al definir el concepto de ente en función de la existencia sintetiza y combina las órdenes de la **entidad** y de la **racionalidad** que la filosofía moderna no hace más que oponer irreconciliablemente, y actualiza en aquel concepto todas las virtualidades que en sí encierra. Frente al Idealismo, el Tomismo afirma que cuanto más la realidad se actualiza en el orden de la entidad tanto más se actualiza en el orden de la racionalidad. Con ello, además de dar coherencia y solidez únicas a la especulación filosófica, proporciona norma segura a los juicios y dictámenes de la inteligencia práctica y, por ende a la vida moral de los hombres.

En nuestro país, donde todas las actividades se resienten y adolecen de relativismo, expresión clara de la decadencia en que nos hallamos, se impone una reacción realístico-meta-

física como la que tan brillantemente se desarrolla en Italia. Somos de estirpe metafísica — la España es, junto con Italia, país de grandes metafísicos—y no tendremos más que hurgar un poco en la filosofía hispánica para encontrarnos con libros de inmenso valor. Los nombres inmortales de Vitoria, Cano, Suárez, Báñez, Molina, Juan de Santo Tomás y de cien más refulgen poderosamente. Aceptando esos resplandores por guías podría inaugurarse en Chile una corriente filosófica que daría orientación segura y bienhechora a las actividades individuales y sociales que tan a mal traer andan en nuestra patria.

ANDRE GIDE Y LA RUSIA SOVIETICA

El reputado escritor comunista André Gide, después de un viaje a la tierra de los Soviets, realizado con el amor e interés del que busca ver cumplidos los quiméricos sueños que han movido su actividad intelectual y política, ha relatado sus impresiones con una independencia de criterio que no puede menos de sorprender al lector.

Cierto que Gide proclama una vez más su fe comunista y cree que la Unión Soviética sabrá sobreponerse a los errores en que ha incurrido. Pero, como él lo advierte, “importa ser sincero justamente cuando está en juego la fe de un gran número de personas, juntamente con la nuestra. Si me equivoqué al principio — agrega — lo mejor es reconocer cuanto antes mi error; porque aquí soy responsable de aquellos a quienes arrastra ese error. En este caso no hay amor propio que valga; y, por otra parte, lo tengo muy escaso. Hay cosas que ante mis ojos son más importantes que yo mismo; más importantes que la U. R. S. S.: la humanidad, su destino, su cultura”.

Gide no va tras el estudio del problema económico, ni tras el resultado de las fórmulas técnicas que se han puesto en juego en el país de los Soviets. Lo que él ha buscado es al **hombre**, lo que ha querido encontrar en ese paraíso de sus ensueños es la felicidad de las multitudes liberadas del yugo capitalista. ¿Y cuál ha sido el resultado de las observaciones de este temperamento sensible a la belleza, admirador incondicional de la cultura y en el fondo, pese a su doctrinarismo comunista, profundamente respetuoso de la dignidad del individuo? Los párrafos siguientes, extraídos de su interesante opúsculo: “Regreso de la U. R. S. S.”, dan a conocer elocuentemente sus impresiones.

A su paso por Leningrado visita una tienda y narra en estos términos lo que allí ha visto: “Las mercaderías son poco menos que repelentes. Hasta podría creerse que para mo-

derar los apetitos se hacen lo menos atrayentes posible las telas, objetos, etc., de manera que la gente compre por gran necesidad pero jamás por placer. Habría querido traerles algunos "recuerdos" a los amigos; todo es espantoso. Me dicen, no obstante, que desde hace algunos meses se ha realizado un gran esfuerzo un esfuerzo hacia la calidad; y buscando bien y consagrando el tiempo necesario se llega a descubrir aquí y allí recientes provisiones harto agradables y tranquilizadoras para el porvenir. Pero para ocuparse de la calidad es menester que primero sea suficiente la cantidad; y durante mucho tiempo no alcanzaba; basta, por fin, pero a duras penas... Era lógico que mientras no se tuviera lo necesario nadie pudiera ocuparse de lo superfluo. Si no se ha hecho más o si no se hizo antes por las golosinas en la U. R. S. S., es que demasiados apetitos no se habían saciado todavía. Por otra parte, el gusto no se refina, a menos que sea permitida la comparación; y no había qué elegir. Nada de "X viste mejor". Aquí hay que aceptar a la fuerza lo que se ofrece; es cuestión de tomar o dejar. Desde el momento que el Estado es a la vez fabricante, comprador y vendedor, el progreso de la calidad es un factor regido por el progreso de la cultura. Entonces pienso (a despecho de mi anti-capitalismo) en todos aquellos que se atormentan y se ingenian en nuestro país, desde el gran industrial hasta el pequeño comerciante: ¿qué inventar que halagara el gusto del público? ¿Con qué sutil astucia busca cada uno la manera de descubrir mediante qué refinamiento podrá suplantar a un rival! El Estado no se preocupa de todo eso, porque el Estado no tiene rival. ¿La calidad? "Para qué sirve si no hay competencia", nos ha dicho alguien. Y así se explica demasiado fácilmente la mala calidad de todo en la U. R. S. S. y la ausencia de gusto en el público. Si hubiera "gusto", no sería posible satisfacerlo... Cada Estado soviético tenía su arte popular. ¿Qué se hizo? Una gran tendencia igualitaria rehusó durante mucho tiempo tomarlo en cuenta. Pero esas artes regionales vuelven a gozar de favor y ahora se las protege, se las restaura y parece que se comprende su irremplazable valor. ¿No correspondería a una dirección inteligente el tomar de nuevo los antiguos modelos, para la impresión de tejidos, por ejemplo, e imponerlos o, por lo menos, ofrecerlos al público? Nada más estúpidamente burgués, pequeño burgués, que las producciones de hoy. El arreglo de los escaparates de las tiendas de Moscú es consternador. Mientras que las telas de antaño eran muy bonitas. Y eso era arte popular; pero era obra de artífices".

La visita a un próspero kolkhose o granja de las inmediaciones de Sukum, particularmente de las habitaciones de sus trabajadores, le arranca estas declaraciones: "Querría ex-

presar la extraña y entristecedora impresión que se desprende de cada uno de esos "interiores": la de una completa despersonalización. En cada uno de ellos vemos la misma fealdad en muebles, el mismo retrato de Stalin y nada más; ni el menor objeto, ni el menor recuerdo personal. Cada vivienda es intercambiable; al punto que los kolkhosianos — también ellos mismos intercambiables — se trasladarían de una a otra sin percatarse de ello. ¡Ciertamente se obtiene de este modo con mayor facilidad la felicidad! Es que, me dirán, el kolkhosiano, busca todos sus placeres en común. Su aposento ya no es sino un lecho para dormir; todo el interés de su vida ha pasado al club, al parque de cultura, a todos los lugares de reunión. ¿Qué mejor cosa cabe desear? La felicidad de todos sólo se obtiene mediante el método de desindividualizar a cada uno; la felicidad de todos sólo se logra a expensas de cada uno. Para ser felices, sed conformes".

"Pero esta despersonalización a la que todo parece tender en la U. R. S. S. ¿puede — se pregunta Gide — considerarse como un progreso? Por mi parte, — contesta — no puedo creerlo".

A pesar de los esfuerzos realizados en Rusia para lograr la implantación de la más completa igualdad social, Gide descubre que el resultado de esta política no ha sido otro que el incubar una nueva oligarquía. "Temo — son sus palabras — que pronto vuelva a formarse una nueva especie de burguesía obrera satisfecha (y por ende conservadora, ¡cáspita!), muy comparable con nuestra pequeña burguesía. Veo por doquiera síntomas premonitores. Y como, ¡ay!, no podemos dudar que los instintos burgueses, livianos, materialistas y poco preocupados por los demás, dormitan en el corazón de muchos hombres a despecho de toda revolución (porque la reforma del hombre no puede buscarse únicamente por fuerza), me inquieto mucho al ver en la U. R. S. S. de hoy esos instintos burgueses indirectamente acariciados y fomentados por recientes decisiones que entre nosotros reciben aprobaciones alarmantes. Con la restauración de la familia (considerada como "célula social"), de la herencia y de los legados, el gusto del lucro y de la posesión particular vuelven a predominar sobre la camaradería, la partición y la vida común. No en todos, desde luego; pero sí en muchos. Y vemos volver a formarse ya capas de sociedad aún no sólo de clase sino de una especie de aristocracia; aquí no hablo de la aristocracia del mérito y el valor personal, sino de la del bien-pasar, del conformismo y que en la siguiente generación se convertirá en la del dinero... ¿Cómo no habría de llamar la atención el desprecio o por lo menos la indiferencia que demuestran aquellos que son y que se sienten "del lado bueno" para con

los "inferiores", y los sirvientes, los obreros, los hombres y mujeres "de jornada", y casi digo: ¡los pobres! Se sobreentiende que en la U. R. S. S. ya no hay más clases. Pero hay pobres. Hay muchos; los hay en demasía. Sin embargo, esperaba no ver más, o para decirlo con mayor exactitud, fui a la U. R. S. S. para no verlos más".

¿Y qué decir de la libertad e independencia en la Unión Soviética? Gide consigna en su libro: "Lo que se quiere y exige es una aprobación de todo cuanto se hace en U. R. S. S.; lo que se procura obtener es que esa aprobación no sea resignada sino sincera y hasta entusiasta. Lo más sorprendente es que está llegándose a eso. Por otra parte, la menor protesta, la más pequeña crítica es pasible de las peores penas y, por otra parte, inmediatamente sofocada. Y dudo que en ningún otro país, aún cuando fuera la Alemania de Hitler el espíritu sea hoy menos libre, más doblegado, más temeroso (aterrorizado), más avasallado".

El servilismo y el temor al amo absoluto, Stalín, raya en los límites del ridículo. "En el camino de Tiflis a Batum — cuenta Gide — atravesamos Gori, la pequeña ciudad donde nació Stalín. Pensé que quizás fuera cortés enviarle un mensaje, en respuesta a la acogida de la U. R. S. S. donde por doquiera fuimos aclamados, festejados, mimados. Jamás encontraré una ocasión más propicia. Hago detener el coche frente al correo y entrego el texto de un mensaje. Dice más o menos: "Al pasar por Gori durante nuestro maravilloso viaje, experimento la necesidad cordial de dirigir a Ud..." Pero al llegar a este punto el traductor se detiene: yo no puedo hablar de este modo. El "usted" no basta cuando ese "usted" es Stalín. No es decente. Hay que añadir alguna cosa. Y en vista de que manifiesto cierto asombro, la gente consulta. Me proponen: "Usted, jefe de los trabajadores", o "maestro de los pueblos", o... ya ni sé que. Encuentro eso absurdo, protesto que Stalín está por encima de esas zalamerías. Me debato en vano. Nada que hacer. No aceptarán mi mensaje si no consiento en el añadido. Y como se trata de una traducción que no estoy en condiciones de verificar, me someto cansado de discutir pero declinando toda responsabilidad y pensando con tristeza que todo eso contribuye a colocar entre Stalín y el pueblo una distancia espantosa e infranqueable. Y como ya había podido comprobar análogos retoques y "mises au point" en las traducciones de diversas alocuciones que yo había pronunciado en U. R. S. S., me apresuré a declarar que no reconocería como mío ningún texto que se me atribuyera y que apareciera en ruso durante mi estada y que yo lo diría. He ahí los hechos".

Y más adelante agrega Gide: "Dictadura del proletaria-

do nos prometían. Estamos lejos de la cuenta. Sí, dictadura, evidentemente; pero la de un hombre y no ya la de los proletarios unidos, de los Soviets. Conviene no caer en engaño y menester es reconocer simplemente: eso no es lo que queríamos. Un paso más y hasta diríamos: esto es exactamente lo que no queríamos”.

¿Y qué decir del arte en la Rusia Soviética? “Antes de marchar a la U. R. S. S. — dice Gide — yo escribía: Creo que el valor de un escritor está ligado a la fuerza revolucionaria que lo anima, o más exactamente (porque no soy tan loco como para no reconocerles valor sino a los escritores de la izquierda); a su fuerza de oposición. Esa fuerza existe tanto en Bossuet, Chateaubriand, o en nuestros días Claudel, cuanto en Moliere, Voltaire, Hugo y tantos otros. En nuestra forma de sociedad, un gran escritor, un gran artista, es esencialmente anticonformista. Navega contra la corriente... Pero ¿qué ocurrirá si el Estado social transformado le quita al artista todo motivo de protesta? ¿Qué hará el artista si ya no tiene contra qué levantarse y se limita a dejarse llevar?... He ahí lo que me preguntaba antes de partir hacia la U. R. S. S.”

Su permanencia en el país de los Soviets dió una clara respuesta a estos últimos interrogantes. Gide nos narra la conversación que ha sostenido con un artista de aquel país, y en la que se dilucidaron todos estos interesantes temas. “Entre nosotros — fueron las palabras del intelectual ruso — un artista tiene que colocarse primero en la línea. Si no fuera así, se considerarían los más bellos dones como “formalismos”. Sí, eso es la palabra que hemos encontrado para designar todo aquello que no nos preocupamos por ver u oír. Queremos crear un arte nuevo, digno del gran pueblo que somos. Hoy el arte debe ser popular, o no ser”. Gide le contesta entonces: “Uds. obligarán a todos los artistas a aceptar el conformismo y los mejores, aquellos que no consentirán en envilecer su arte o siquiera doblegarlo, se verán reducidos al silencio. La cultura que Uds. pretenden servir, ilustrar y defender, los deshonrará”. “Entonces — relata — protestó que yo razonaba como un burgués. Que, por su parte, él estaba bien convencido que el marxismo que en tantos otros terrenos ya había producido cosas tan grandes, también sabría producir obras de arte. Añadió que lo que impedía que surgieran esas obras nuevas es la importancia que se da todavía a las obras de un pasado que ha caducado. Hablaba en voz cada vez más alta; parecía estar dictando un curso o recitando una lección. Esto ocurría en el vestíbulo del hotel de Sotchi. Lo dejé sin contestarle más. Pero pocos instantes después, fué a verme en mi aposento y esta vez me dijo en

voz baja: ¡Oh, de sobra sé a qué atenerme!... Pero hace un momento la gente nos escuchaba y... mi exposición tiene que inaugurarse en breve...”

Y Gide anota más adelante, como un corolario a lo anterior: “Si debe responder a una consigna, el espíritu puede por lo menos sentir que no es libre. Mas si se ha preformado en tal forma que ya ni siquiera oye la consigna para responder a ella, el espíritu pierde hasta la conciencia de su servidumbre. Creo que asombraríamos a muchos de los jóvenes soviéticos y que protestarían si llegáramos a decirles que no piensan libremente. Y como siempre acaese que sólo reconocemos el valor de ciertas ventajas después de haberlas perdido, nada mejor que una estada en la U. R. S. S. (o en Alemania, huelga decirlo) para ayudarnos a apreciar la inapreciable libertad de pensamiento que gozamos todavía en Francia y de la que a veces abusamos”.

Y todo esto lo dice, tengámoslo bien presente, uno de los más destacados corifeos del comunismo francés...

**DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA
DEL DIARIO “EL IMPARCIAL”**

Atiende al público en su oficina, Huérfanos 1250,
Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 12 1/2 a 7 1/2.

Gustavo García Díaz

Agente general Exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda.

HECHO DEL EXTRAORDINARIO

EL COMUNISMO EN MEXICO

Hace unos pocos meses publicaba la prensa norte-americana las fotografías de Joseph Caldwell y Thomas Cooper, miembros de un comité establecido en Texas para investigar si en realidad se propagaba el Comunismo en los Colegios de Texas. Inquietudes como ésta han venido manifestando así mismo varios estados de la confederación Norteamericana, ante la sola posibilidad de que esa amenaza tenga fundamento real; y es que semejante peligro le horroriza, conocidas sus desastrosas consecuencias. Mas el espectro que sólo entrevisto espanta a naciones cultas que se arman contra él — ¿qué es sino el gesto de Italia y de Alemania? — eso mismo es lo que en México se trata de alcanzar y hacia cuyos brazos se corre en desatentada marcha.

Ni se crea que es empeño de declamar, no; es la simple y desapasionada, pero única traducción que puede y debe dar quien reflexione siquiera un momento, a los mil hechos que sin cesar se repiten con marcado valor significativo, los cuales dicen claramente que aún no habremos llegado al Comunismo, pero que estamos en su antesala y que hay quien se esfuerza por empujarnos a él. Ahora lo delatamos claramente; al leer estas líneas no se crea que son palabras dictadas por la histeria, y aunque hoy muchos intereses se juegan, no se tomen ni siquiera estas palabras como una voz de alarma pero una cosa no pueden dejar de ser, y es ella: la atestiguación de un hecho que tiene todas sus pruebas no inventadas sino verificadas, no aisladas sino en tropel; ni ocultas, sino exhibidas, en las cuales lo difícil es ceñirse no explayarse. Sí, el Comunismo es lo que intenta violentarse sobre México; Comunismo oficial y gubernamental, Comunismo en la vida y problemas económico-sociales, Comunismo en la enseñanza, Comunismo en todo. Pero al decir Comunismo no queremos decir que ya se haya llegado a él formalmente, ni admitimos ni necesitamos exageraciones; pero sí, decimos que hacia él se tiende — así es como se han de interpretar las pruebas que luego aduciremos; decimos que inteligencias y manos ocultas se valen de personajes que por su posición y el influjo de sus determinaciones, arrastran al pueblo hacia ese abismo, sin que apenas se les oponga ninguna resistencia, ahogada ya la voz y atadas las manos que libres impedirían la obra destructora que sigue adelante por sus pasos con ultra-

jante impunidad, con exasperante éxito. Comprobemos esta opinión que creemos fundada en las realidades:

1°—La Amenaza del Comunismo Oficial y Gubernamental.

No hace muchos meses la Secretaría de la Economía Nacional se dirigió a las Cámaras de Comercio para tranquilizar su alarma, noticiándoles “que el Gobierno de la República no intenta destruir el sistema capitalista, sino que se esfuerza por lograr una mejor distribución de la riqueza en beneficio de las masas trabajadoras”. Pero como es natural más que a una declaración “oficial”, se cree a los hechos. Y los hechos dicen que por desgracia, en el volante director del movimiento de México se hallan manos y mentalidades comunistas; que el Gobierno de México va al Comunismo por las personalidades, por las disposiciones:

Primeramente por las personalidades: ¿Que el Gobierno de México no piensa acabar con el sistema capitalista? Pero ¿es acaso un misterio que los elementos comunistas forman plaga en las oficinas federales desde donde dirigen sus tiros si bien se entiende contra el mismo gobierno, para acelerar la marcha? — Un noventa por ciento de los miembros del partido Comunista — se asegura con bastantes garantías de imparcialidad y de conocimiento de causa está empleado en el Gobierno de México. Exceptuando las Secretarías de Guerra, Relaciones Exteriores y Agricultura, las demás dependencias del Ejecutivo están infestadas de individuos que profesan la religión simbolizada por el martillo y la hoz; asegúrese que en la de Educación, una de las más delicadas, hay más de 500 de ellos; gozan ahí del apoyo decidido y directo del Secretario Vázquez Vela, en cuyas manos está nada menos que el porvenir de las juventudes mexicanas... Tan notoria es la actividad de los Comunistas en Educación Pública, que toda la literatura comunista se vende dentro de las oficinas”. Y ya hemos probado cómo se editan oficialmente textos de ideología genuinamente comunista, pues no sabemos en qué se diferencian de los mismos de Rusia en más de un punto. Por lo demás, para alcanzar un buen puesto en las oficinas federales, apenas puede haber recomendación más eficaz que ser de filiación comunista; para darse una gran vida de holganza en los mismos empleos, sin riesgo de requisitorias, el camino es el mismo y es proverbial que los jefes de tal partido son “aviadores” porque “vuelan” de su oficina siempre, y sólo “aterrizan” para cobrar su quincena.

Mas eso es poco al lado de la consagración oficial que se ha hecho de la imprenta misma de toda una Cámara de Diputados de México para oficina de propaganda izquierdista:

ahí se han de imprimir periódicos, folletos y libros de carácter enteramente radical.

Con todo, esos datos son particulares; hay en México un partido de todos conocido, árbitro y afrenta de nuestra política, del cual dependen las decisiones que en este punto se toman en todo México; todos nuestros lectores saben que nos referimos al P. N. R.; pues bien, respecto de sus tendencias comunistas, entre otros mil pueden anotarse los siguientes datos:

En los últimos meses, numerosos diputados y senadores izquierdistas, todos Pengerreanos, vienen prestando su apoyo a la facción de Lombardo Toledano del que luego habremos de decir dos palabras; además, fuera de las cuotas obligatorias para el P. N. R., los izquierdistas del mismo obligaban a sus "colegas" a ceder parte de sus mensualidades para ayuda económica de la propaganda comunista que se ha intensificado en México oficial u oficiosamente, no sabemos si a ciencia y paciencia o a espaldas del Presidente. Varios diputados y senadores han pasado, al menos en apariencia a formar en el Frente Popular Mexicano que según propia confesión es del extremo socialismo rabioso. Quien no esté ciego no puede dejar de advertir un desplazamiento muy marcado hacia el Comunismo en todos los sectores de agitación obrera a la que se ha dado el carácter de política. Confirmación extrema de lo mismo es lo que ocurrió el 30 de Agosto en la Capital: Entre unos cuantos vivas al Comunismo celebróse la inauguración de un nuevo Partido Independiente de carácter político, y al frente de aquel millar de personas, contingente primero del partido, figuraba Jorge Prieto Laurenz, y él fué quien ocho días después, preguntó abiertamente a Cárdenas si su nuevo partido, al enfrentarse al P. N. R. tendría libertad de acción. "El que tenga oídos para oír que oiga". Así se palpa que tanto los individuos como las personas morales o sea los partidos, vuelven sus rostros cada día más hacia el Comunismo.

Y cual es la ideología son las **disposiciones**: varias hemos tenido que reseñar ya; pero hay una serie de disposiciones gubernamentales, o mejor dicho, disposiciones tomadas por los gobernantes de México que son de una trascendencia incalculable: las relativas a la cuestión agraria. Pero éstas dejémoslas para cuando observemos la vida económica; y ahora sólo consignemos una disposición nada ambigua para probar lo que venimos diciendo: es el proyecto de Ley que afecta a todos los profesionales de México. En la Cámara de Diputados levantó su voz Héctor Serdán y propuso que todos los profesionales, sin distinción, han de prestar sus servicios al Gobierno durante 5 años (por ahora a 5 años se reducen) antes de poder ejercer libremente. Una salva de aplausos fué

la respuesta al adelantado proyecto de Ley. Y téngase en cuenta que no es la única iniciativa de tal carácter; cada vez se va tendiendo más y más a la federalización de toda actividad profesional u obrera en nuestra patria. Porque no se crean meras palabras, citaremos el ejemplo de la Secretaría de Comunicaciones que ordenó "que todos los trabajadores de la Ferro-Méx sean considerados como empleados públicos", pues prestarán sus servicios a una empresa del Gobierno; se trata de la construcción del ferrocarril del Sureste. Son muchos más y más graves los hechos que autoriza para formular en contra de nuestros gobernantes la acusación de "estar jugando con fuego"; pues no es un juego lo que se realiza, sino el crimen de fomentar el Comunismo; esos son los que vamos a procurar presentar brevemente al sintetizar en lo posible.

2º.—La vida y problemas económico-sociales de México

Dos hechos hieren violentamente la atención aún del hombre más descuidado en México; es el primero la agitación de tinte netamente comunista en que se viene manteniendo el país por todas partes; el segundo ese desmoronamiento insensato de la propiedad efectuado por la fuerza y que produce, a más de un intenso malestar, la ruina económica más funesta que se registra en los anales de nuestra historia.

La agitación la producen o las confederaciones obreras en pugna, o los líderes sólo atentos a medrar ellos y a forcejear sin descanso por llegar a donde pretendan. Mas entre todos ellos hay uno que se ha distinguido por su inquieta y febril actividad: Lombardo Toledano. A él no le importa que se le manifieste cuán bienquisto sea al pueblo con intentar apalearlo, como le sucedió en público, teatro de Guadalajara, no le importa fracasar y ser malamente despedido de ciudades como Torreón, no le importa que fracase ésta o la otra huelga a la que lanza a los obreros (por lo demás él no advierte detrimento en su bolsillo); no es su fin el ganar tal o cual pleito, sino mantener en tensión a todos los obreros e inocular, inculcar mentalidad comunista; no hace de ello un misterio. Por eso las huelgas se provocan sin cesar: o gana el obrero y se envalentona y se adhiere más y más a sus líderes, o pierde y entonces se causa una horrible exasperación que los agitadores sabrán bien aprovechar. Si no obedeciera a esas causas el movimiento huelguista en México, no se explicaría la exorbitante cifra de más de 150, sólo las de relativa importancia, en solos dos meses, como promedio. Citar los Estados en que estallan equivaldría a hacer un recorrido de todos los de la República. Los agitadores pueden dar razón de ello: y las tendencias de éstos han marcado claras huellas

en los pasos siguientes. A 18 de Octubre, en el teatro Imperial de México, nuestro pintor, que se ha metido tal vez a líder, Diego Rivera, asiste a un mitin comunista, al lado del que presidía aquella reunión que se profesaba "Sección Mexicana de la Cuarta Internacional", y pronúnciase (cómo había de faltar) el nombre de Stalin y resuenan los "vivas"; pero a las protestas de algunos derechistas que asistieron, dice sin ambages Rivera: "Los fascistas no deben tontear, pues estamos armados", y ya antes Luis Capelo había pedido se aplicara la acción directa contra los fascistas de México, confesando que "afortunadamente entre los comunistas de México existe una organización miliciana mejor organizada que la de Cataluña".

Pero mientras así se descaran los comunistas y amenazan a todo hombre decente (eso quiere decir en su boca "fascista"), en cambio atropellan impunemente toda libertad, seguros de que cuentan con la protección oficial; no puede interpretarse de otra manera el hecho del teatro Ideal, el atentado comunista contra la clase media allí reunida en pacífica junta de su Confederación; mientras uno de los oradores hace uso de la palabra, se presenta Germán List Arzubide — conocido ya por su textito aquél de educación socialista — y pistola en mano hace irrupción en el escenario; los comunistas habían ocupado puestos estratégicos en el teatro; el balance dió más de cien personas lastimadas; no habían sido objeto de lujo los palos, tubos y puñales de los rojos, y la policía, en vano pedida con ansias, tuvo buen cuidado de no presentarse.

Tolerar tales atropellos ¿no es fomentar el Comunismo? Y no sabemos cómo ni una palabra dirige nuestro Presidente hacia tales cuestiones, siempre ocupado en resolver problemas. ¡Y si sólo fuera tolerancia! Pero hay una serie interminable de hechos que ordena, no tolera; realiza, no encomienda; y son ellos los que más significan; porque sobre la agitación y la infección comunista en el organismo social de México descarga todavía otro mal:

El más inconsiderado fraccionamiento, la **trituration** irracional de la **propiedad**. Queda uno perplejo cuando piensa unos momentos en lo que ha realizado nuestro gobierno: bien sabemos que las tierras repartidas con prudencia y estudio son la salvaguardia contra la miseria y mayores males en una nación; pero lo que pasma es que tales problemas ante los cuales se sienten atajados estadistas encanecidos en tales cuestiones, vienen a resolverlos de una plumada hombres que no coronaron ni su instrucción primaria. Entre los infinitos, arbitrarios repartos y despojos cometidos, perpetrados en todas las entidades de la República, dos resaltan como inmensos manchones, que no pueden menos de atraer todas las miradas: el tan criticado reparto de la Laguna y el del Bajío.

A tres pueden reducirse los capítulos de acusación contra el abuso Cardenista: es su decreto una necedad, una arbitrariedad, un robo: y entrañado en todo ello: es un paso al Comunismo. Es primeramente una insigne necedad; estupor verdadero causó en todo México el anuncio hecho allá a principios de Septiembre del intento fraccionario; se creía imposible que se diera un paso tan insensato, que se privara a México de un rendimiento anual de más de 300 millones de pesos, y, en cambio, hubieran de invertirse más de 200 en refacciones y riegos. Las diferencias (creadas maliciosamente) entre los agricultores y sus obreros habían quedado arregladas y así no tenía ya caso el insinuado proyecto; no había pues quien temiera formalmente aquella amenaza, y sin embargo, como rayo en cielo sereno, descargó el edicto presidencial, porque es Cárdenas en persona quien toma semejantes acuerdos. Y el de la Laguna echa de golpe sobre México un retraso económico incalculable; todos los agricultores laguneros piensan en abandonar ya el País, y en cambio los beneficiados (?) con el reparto quedan en la imposibilidad de cultivar las tierras. Y al desastre de la Laguna pone el colmo el del Bajío: una palabra del omnipotente Cárdenas reparte tierras por valor de 25 millones, con insensatez tal, que ni se preocupó de pensar en que, según los cálculos más benignos, se necesitarán diez años para que pueda recuperarse la economía de aquella región; que se convertirán probablemente en tierras yermas las 35.000 hectáreas repartidas, que millares de campesinos ahora mismo están ya viviendo allí en la miseria por semejantes chispazos de ingenio económico. Y si sólo fuera una necedad. Pero además es una arbitrariedad; ya lo dijimos: contra todo parecer bien fundado, contra toda probabilidad, Cárdenas ha impuesto su capricho. Si al menos quisiera oír a los mismos agraristas experimentados; ellos le dirían que luego son juguete de los líderes político-agraristas, pues a ellos se les obliga a recurrir en demanda de la refacción necesaria para sus labores. Pero el Presidente prefiere adormecerse con los cantos de dos o tres vividores, que vienen a ser los beneficiados en realidad: así, en la Laguna, donde eran ya callistas unos de los mayores terratenientes actuales, por usurpación. Pues tal es el tercer carácter de estos repartos: constituyen un robo. A los dueños se les despoja con simples promesas de remuneración que... ¿llegará? No queremos ser necios hasta ese punto de creerlo! Es un robo que no llevarían a cabo impunemente, a no tener la fuerza; aquí el supremo motivo ha sido para quienes así ordenan el de "nominor lec". Los agricultores saben que es preferible en este caso perder las tierras que no las tierras y antes la vida.

Los ejemplos de la Laguna y el Bajío son los más salientes; pero no se crea ni con mucho que son los únicos. No hay

estado que no haya sufrido semejantes disposiciones y la miseria se abre sobre un pueblo esquilado sin piedad y sin remedio. Guanajuato, Jalisco, Veracruz, Tamaulipas, Chihauhau, y en fin todos los Estados registran repartos, usurpaciones, miserias, despoblación. No se crea que hablamos de memoria: las estadísticas tienen voces elocuentes, y no hay día en que la prensa no consigne unos y otros, todos estos datos.

Cuando se hiciera con cierta prudencia ese repartimiento, quedaría aún en pie la arbitrariedad, quedaría el robo, pero aquí se reúnen las tres lacras, y a ellas, como si aún fueran pocas o pequeñas, se ha añadido la última: la de armar a los usurpadores. En Oaxaca, en Veracruz, en Puebla y en Guanajuato han aparecido bandas de agraristas equipados militarmente por el gobierno. Ocho mil son, según cálculos, tan sólo en Guanajuato, los que el gobierno ha armado y pertrechado, y Silao y León hanse convertido en las ciudades de los pistoleros. Esos ejércitos de hombres armados por el gobierno, dotados por él de tierras robadas serán una base magnífica para el Comunismo; si sin debérsele nada al gobierno éste ha dispuesto como de propiedad suya de las propiedades ajenas, ¿no querrá tener a su disposición a los que él mismo haya engrandecido?

Si el Presidente Cárdenas no es de aficiones comunistas, pongámoslo en duda; pero en ese caso queda de relieve su incapacidad mental que no le basta para comprender a dónde se va por esos pasos. Y ya es bastante que el gobierno por sí y ante sí disponga de los bienes de los ciudadanos, sin más que un "así lo quiero". No puede menos de surgir el recuerdo de los koulaks (terratenientes) rusos y de los primeros agraristas, y luego esclavos del gobierno bolchevique.

Parece que no podía llevarse más allá la locura de quienes se dicen gobernantes y son detentadores de todas las libertades y aun de los bienes del pueblo. Pero aún queda por descubrirse el summum; es un proyecto de ley, propuesto nada menos que por el mismo C. Pte. a la Cámara de Diputados: es el proyecto de expropiación de las fincas urbanas. Dejan pues de ser meras conjeturas los pronósticos de que el gobierno se va considerando prácticamente el dueño de toda propiedad y de que así dispondrá de ella como mejor le parezca. Calcúlese, si no, el alcance que le podrá dar, por estas palabras tomadas del mismo proyecto: "Art. 1º, Se considerarán de utilidad pública... V. La conservación, desarrollo o aprovechamiento de los recursos naturales, susceptibles de explotación industrial, la mejor distribución de la riqueza pública y la creación, fomento o conservación de una empresa industrial en beneficio mediato o inmediato de la colectividad"... Y ya se previene que ahora las razones de utilidad se considerarán en forma muy distinta de la que hasta el

presente; y se anticipa que "al hacerse la declaración de utilidad pública, social también o nacional, que a todos esos conceptos se extiende el proyecto, podrá ordenarse desde luego la ocupación temporal o definitiva de los bienes, y "que contra la resolución judicial que fije la indemnización no podrá interponerse ningún recurso legal". (Art. 18). Inmenso grito de protesta, como es natural, se levantó de todos los ámbitos de la República; telegramas, escritos de todas clases, consideraciones, memoriales, formaron alud hacia la Cámara de Diputados. Ya no la ley natural de propiedad, que bien se ve a que quedará reducida, pero ni aun la Constitución Mexicana se ha tenido en cuenta en tal proyecto; todo eso se ha hecho ver. Ejemplo de tales memoriales fué el que la "Liga de Defensa de Propietarios de Casas" presentó por medio del Lic. Roberto Cosío y Cosío; protestaron La Barra de Abogados, la Academia Mexicana de Jurisprudencia, las organizaciones patronales, y ante tan enorme grito de protesta, el resultado fué que todavía, a 27 de Octubre, o sea, cerca de mes y medio después de presentado tal proyecto los Diputados se encerraron en absoluta reserva respecto de sus determinaciones, y sólo se traslucía, que tal vez se haría alguna modificación en punto a indemnizaciones y a la intervención de las autoridades locales en los casos de expropiaciones, pues había peligro de venganzas personales o políticas.

Ya sabemos qué resultado tienen estas deliberaciones y consideraciones platónicas de los mercenarios que bailan a compás de la música presidencial. Ya es bastante que se llegue a tales proyectos; pero dada la postración en que yacen las fuerzas honradas de México, no creemos ser pesimistas con predecir, (y Dios haga falsos nuestros temores) que el proyecto, hágansele las modificaciones que se quiera, tendrá en la práctica una trascendencia horrible de latrocinio. Y el peor de los robos es el que comete la autoridad a mano armada e invocando el bien del pueblo y los principios de orden social; y en México están impuestos los gobiernos a hacer lo que quieren y lo que sueñan, poniendo oídos sordos a toda voz en contra; testigos: el reparto de la Laguna y el del Bajío, para no citar sino los casos más recientes. El Comunismo, pues, gana terreno en el gobierno; tiene protección, tiene acción oficial; el Comunismo destroza la vida económica y social de México.

3º.—El Comunismo en la enseñanza.

Ya la escuela socialista vió, por desgracia y por apatía nuestra, un éxito que no podía sospechar ni como el mayor de sus triunfos. Las escuelas de todas partes se hallan atestadas de niños. Mas ya es poco la educación socialista; lo que

se infiltra en más de un estado es el Comunismo radical. Pero a decir verdad ¿no era el Comunismo en el amor libre lo que inculcaba la educación sexual? Muchos gritos de protesta se profirieron; pero al fin se doblaron vergonzosa e innoblemente las manos, y la educación siguió el giro que le quisieron imponer los corruptores de la niñez, y la escuela socialista tiene el carácter que ellos le quieren dar. Ahora ya se avanza descaradamente contra la niñez hoz y martillo en mano y el comunismo es lo que se pretende implantar, sin ruido pero de hecho; y la bandera rojinegra y la obediencia a Moscou es lo que tuvieron por divisa y por consigna los que se reunieron en Guadalajara, en el Primer Congreso Latino-Americano de Estudiantes Socialistas" del 20 al 24 de Agosto. Una lista de mercenarios forman los patrocinadores que tuvo el Congreso falsamente dicho "antimperialista"; fueron ellos: García Téllez, Srio. Gral. del P. N. R., Alejandro Carrillo, Srio. de la Univ. Obrera, Carlos Osorio, Procurador de Justicia, y como Presidentes Honorarios, Cárdenas, el Ministro de Educación y el líder Lombardo Toledano. Las acordes de la Internacional Comunista pusieron fin al Congreso y solemnizaron el nacimiento de la "Confederación de Estudiantes Antimperialistas (?) de América".

Por dicha nuestra, en este campo, se mantiene erguida la Universidad Libre a la cual no se le ha podido hacer caer a pesar de los rabiosos ataques de que se la hacen objeto así en México como en Guadalajara, y fué reveladora la brillante y fecunda jornada que del 1 al 5 de Septiembre tuvo lugar en Nuevo Laredo, verdadera, espontánea y genuina representación del sentimiento de los universitarios de todo México, que aun a costa de privaciones asistieron de todos los rincones de la patria y como libres sostuvieron sus convicciones, y como libres concluyeron así a propósito del 4º tema de su estudio, o sea "El Artículo 4º Constitucional":

"b) la reglamentación del artículo 4º (pues eso pretende ahora el gobierno) no debe ser un medio para aplicar el espíritu del Artículo 3º a los Institutos de Educación Superior.

c) Sostenemos que todo ataque a los principios de "autonomía y libertad de cátedra" que aparezca en la reglamentación de que tratamos, será combatida por la clase estudiantil nacional. No es que nos opongamos a toda reglamentación, sino que muchas de las reformas a la Constitución, hechas en vista de los intereses de la política, han dado resultados catastróficos"...

En medio de los graves males y mayores peligros que nos oprimen, este gesto de libertad y oposición al Comunismo es, no cabe duda, un rayo de esperanza; pero es débil dada la magnitud de la acción destructora. La obra de oposición se

puede decir reducida al campo de la enseñanza; así se tiene instrucción de las mismas profesoras en México para inmunizarlas contra las ideas comunistas y fortificarlas en los principios de la doctrina católica; mas, lo repetimos, es un dique humanamente débil ante la ola de Comunismo que ya invade todo.

NOTAS

BIBLIOGRAFICAS

“ZEIT IN QUERSCHNITT”.—Berlín; N.º 20, 15 Oktober 1936,
N.º 21, 1.º November 1936.

Esta interesante revista de la juventud católica alemana trae en los números anteriormente indicados dos artículos en que se analizan los últimos acontecimientos españoles.

En el primero hace notar que no tan sólo el antagonismo de las corrientes fascista y comunista es lo que ha motivado la sangrienta revolución que hoy agobia a España, ni tampoco el violento y apasionado carácter de sus habitantes. “Todo esto explica algo las cosas, pero no por cierto todo... En un país donde la vida política y la económica andan bien no pueden sufrirse los estremecimientos de una revolución. Una revolución estalla sólo en un Estado donde reina malestar y donde los gobiernos no hacen a tiempo las reformas necesarias para que no se opere el derrumbe. A través de siglos, con una aristocracia llena de privilegios, pésima gobernante, secundados por una red casi totalmente corrompida de empleados públicos, confiados en una Iglesia que tenía muchas amarras, cuyos jefes casi sin excepción se vinculaban a la aristocracia o a sus círculos más cercanos, vivía (España) detrás de los Pirineos su propia vida, soñando en sus glorias pasadas cuando en los reinos españoles el sol no se ponía, sin percibir todavía que apenas unos pobres restos de esa grandeza se habían salvado, y viviendo una existencia ajena por entero a los problemas del momento”. De España se sabía sólo cuando algún anarquista interrumpía la calma, arrojando alguna bomba. Y después todo recobraba su tranquilidad habitual y volvía a señalarse a España como la tierra ideal de los naranjos, jotas y toreros, del Escorial, de la Alhambra y de las majestuosas llanuras castellanas.

Ya Donoso Cortés señalaba en tiempos de Isabel II el mal de la época, común a todos los pueblos: el levantamiento de los desheredados de la fortuna. “Nuestra tarea — fueron entonces sus palabras — ha de ser la de repartir bien la riqueza que está muy mal distribuída”. Y esto, sin duda alguna lo decía por España, pues fuera de Rusia, España más que ningún otro país de Europa estaba en esta crítica situación. “Desgraciadamente España muestra grandes afinidades con la situación de Rusia antes de la guerra: gigantescos latifundios, una clase alta dominadora, una masa analfabeta que representa más del 40 % de la población, una burocracia descompuesta y una Iglesia demasiado ligada con el Estado. A pesar de que sólo un 10 % del suelo total es inculтивable, apenas un 60 % del resto es aprovechado. Causa de esto es la mala repartición de la tierra... En las provincias de Extremadura, Andalucía, Toledo, Salamanca y Jaén pertenecen las tierras a unas cien personas. Latifundios de 50 mil acres y más, no son raros... Estos señoríos, que tan bien describe el Padre Coloma, y de los que él hace resaltar que apenas pagan impues-

los al Estado, son arrendados por sus dueños que con el producto de los mismos pasan una espléndida vida en algún balneario español o extranjero, o en Madrid, con algún buen puesto del Estado, bien rentado y con pocas obligaciones". El mismo Estado arrienda las tierras y pone un administrador general, encargado de percibir las utilidades, y a éste como a los dueños ya nombrados ha de mantener con su trabajo el pobre campesino. Y el resultado es que el último, con todo el peso abrumador que se le coloca en sus hombros, no puede menos de llevar una vida miserable, sin segunda en Europa, tanto que en Andalucía viven muchos labriegos en cuevas, peores que los moros de Marruecos. No es de extrañar pues que el llamado a la rebelión que lanzara el comunismo ruso encontrara eco en el proletariado español.

Por otra parte el desarrollo industrial, trajo también consigo la formación de un numeroso proletariado dentro de las ciudades, que buscaba un mejoramiento de sus condiciones y pujaba por intervenir en la vida política nacional. Las diferencias entre patronos y obreros iban cada día en aumento, sin que el gobierno buscara solución a este entredicho amenazante.

"¿Y dónde estaba la Iglesia, en un país en que el 99,8 % de sus habitantes es católico?". "Debemos decir que mientras la burguesía repleta no se preocupaba para nada de la condición de los obreros, la Iglesia por lo menos hizo algo como lo demuestra una que otra carta pastoral. Otro ejemplo hermoso es el libro de un sacerdote Carbonell que apareció en Barcelona con permiso del Obispo y que sostenía que el colectivismo implantado en forma pacífica era compatible con las enseñanzas del cristianismo. Además es preciso hacer notar que en España el bajo clero era bueno. Pero sus entradas eran tan miserables que algunos sacerdotes sólo contaban con 700 pesetas al año, por lo que con razón podría hablarse de un proletariado eclesiástico, que en parte se sustentaba gracias al ejercicio de otras actividades. A pesar de todo estos sacerdotes tienen un ideal de vida y vocación y siguen su dificultoso trabajo espiritual con las almas, que muchas veces sobrepasa los límites de su propio pueblo. Se explica que entre este clero sencillo y aquel lleno de privilegios se haya abierto un abismo insalvable. El mismo siente que viene de esas clases bajas oprimidas y siente también las miserias espirituales y materiales tal como el bajo pueblo. Aprendió, por supuesto, en los Seminarios las enseñanzas sociales de la Iglesia Católica y como echa de menos su realización en la vida práctica, ha de experimentar por ello un sufrimiento grande. Claro está que la vida de la Iglesia tenía así que perjudicarse. La Iglesia externamente estaba muy bien representada. Daba más importancia a la construcción de templos que a la formación de la conciencia católica". Se olvidó muy a menudo de señalar a los poderosos las obligaciones que emanaban de la posesión de las riquezas y no se puso el empeño que debía en realizar las enseñanzas que desde 1891 impartía la Santa Sede acerca del problema social. Y claro está que de todo esto supo aprovecharse la demoníaca organización rusa para desarrollar sus planes de mundial destrucción.

Después de ocuparse en el segundo artículo de los acontecimientos que culminaron con la caída de Primo de Rivera, el establecimiento de la República y el estallido de la actual revolución, "Zeit in Querschnitt" concluye: "Esta tarea sobrehumana para vivificar las fuerzas del pueblo español y dar a España un gran porvenir nacional, para hacer nacer una nueva nación unida y legalmente organizada, no la podrá realizar el Gobierno nacional

sino con la ayuda de la Iglesia. España sin la Iglesia Católica es imposible de imaginar. Ningún gobierno que quiera trabajar por la renovación y la formación interior y exterior del pueblo, puede prescindir de la ayuda de la Iglesia". Es necesario que el Estado y la Iglesia vuelvan en España a actuar de acuerdo con su misión. El primero ha vivido treinta años entregado a la masonería que consiguió poner la clase de religión en todas las escuelas a la hora del mediodía, en que los alumnos agotados y soñolientos nada aprovechaban. "El Estado y la Iglesia tendrán que trabajar en el porvenir mano a mano. Y esto mismo se desprende de las declaraciones de Franco: "El nuevo gobierno tendrá buenas relaciones con la Iglesia y ayudará a su misión religiosa y moral. Nuestro fin es el defender la cultura mundial y por eso debemos poner nuestra mira en la fe religiosa". Por su parte el jefe fascista Hedilla agrega: "La Iglesia católica con su organización está incorporada dentro de nuestro programa. El Estado y la Iglesia deben trabajar juntos en España. No queremos que la Iglesia se mezcle en cuestiones políticas, porque esto iría contra el honor del Estado y contra la unidad nacional".

Termina el articulista recalcando que la sangre vertida por innumerables sacerdotes mártires en la presente revolución, traerá sin duda un glorioso renacer en la Iglesia española que volverá a ser el adecuado puente de unión entre las clases sociales antagónicas.

"DEFENSA DE LA HISPANIDAD", por Ramiro de Maeztu, Colección "Vita Nuova", N.º 1.—Editorial San Francisco, Padre Las Casas, 1936.

Mientras la Madre Patria se desangra en la más dolorosa de las luchas, aparece entre nosotros "Defensa de la Hispanidad", la obra maravillosa que aborda de manera genial el problema de la filosofía de la historia de España y señala las perspectivas del futuro. Obra que contiene toda la explicación de la dolorosa tragedia que abrumba a España y que exalta los valores espirituales y la tradición nacional por los que su autor, Ramiro de Maeztu, ha sabido inundar su propia vida. Obra que es un himno a la raza, que hoy se ofrenda en holocausto reparador de los pecados del mundo. Obra, en fin, que es brújula orientadora de la juventud que busca por sobre las miserias de la hora actual, un instante de expansión a sus ideales.

Saludamos con gusto la aparición de esta obra y con ella el esfuerzo de la "Colección Vita Nuova", que acaba de iniciarse tan bellamente.

Medias

Calcetines

Corbatas

Pañuelos

A PRECIOS CONVENIENTES, EN

LA REINA DE LAS MEDIAS

AHUMADA 360 — SANTIAGO

Casilla 2081 - Teléf. 88573

PIDA UD. LISTA DE PRECIOS.

SE MANDA CONTRA REEMBOLSO

Acaba de aparecer

“Elementos de la ciencia económica”

POR

∴ JAIME EYZAGUIRRE ∴

OBRA INDISPENSABLE PARA DILUCIDAR LOS PROBLEMAS ECONOMICO - SOCIALES CHILENOS A LA LUZ DEL PENSAMIENTO CATOLICO.

SE HA CONFECCIONADO EN FORMA DE QUE SIRVA A LA VEZ DE TEXTO DE ESTUDIO EN LOS CURSOS DE HUMANIDADES Y UNIVERSITARIOS.

PEDIDOS AL EDITOR: LICEO ALEMAN DE SANTIAGO.

M O N E D A 1 6 6 1

Talleres "Claret"
Avenida 10 de Julio 1140
SANTIAGO.

Precio \$ 2

